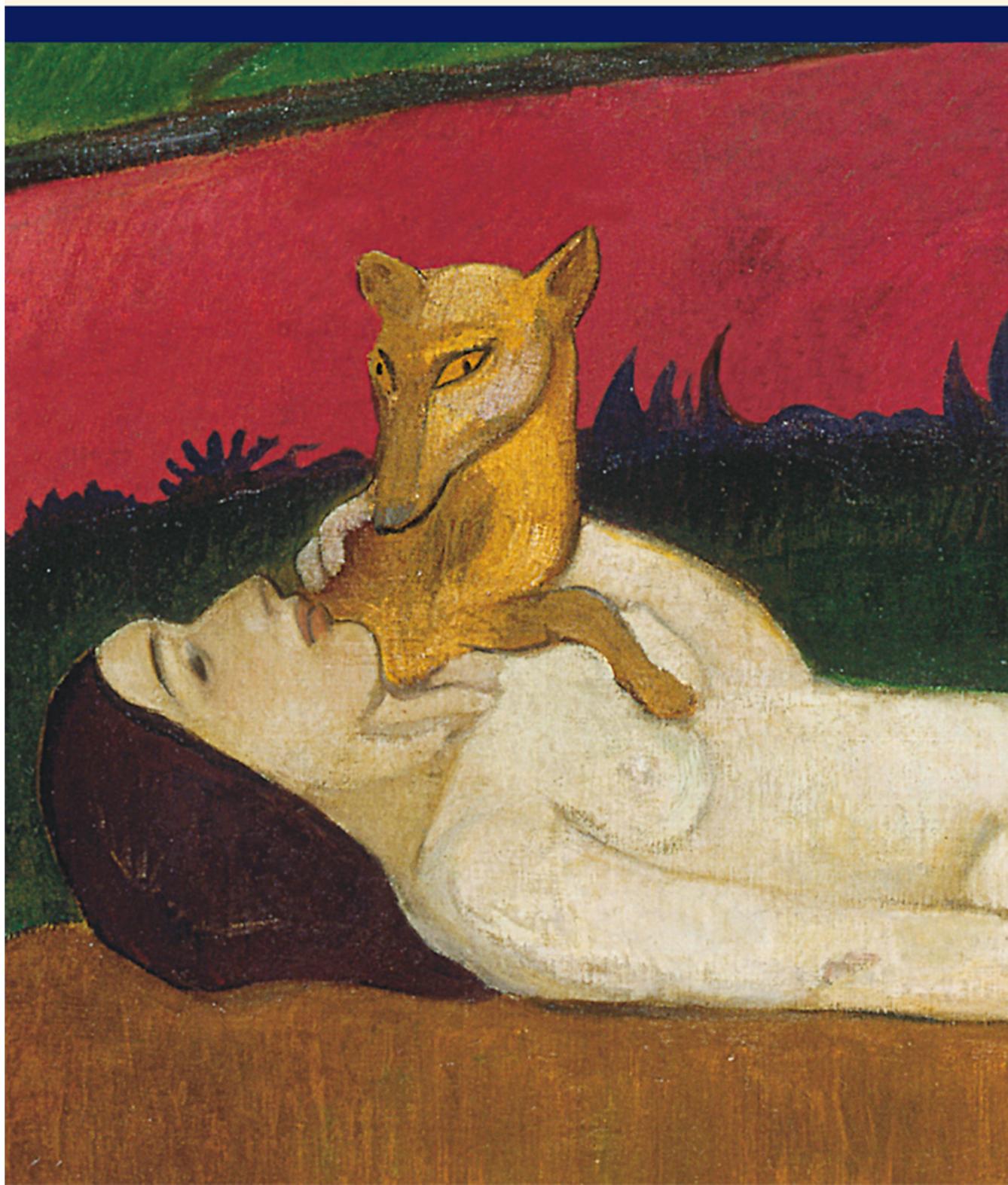


Los zorros vienen de noche

CEES NOOTEBOOM

Nuevos Tiempos Siruela



CEES NOOTEBOOM

**Los zorros vienen
de noche**



Ediciones Siruela

Índice

Cubierta
Góndolas
Tormenta
Heinz
Finales de septiembre
La última tarde
Paula
Paula II
El punto extremo
Notas
Créditos

Cees Nooteboom

Los zorros vienen de noche

Traducción del neerlandés de
Isabel-Clara Lorda Vidal

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

«You might have got yourself a story», I said.
«Sure. But up here we're just people.»

Raymond Chandler, *The lady in the lake*

Los zorros vienen de noche

Góndolas

Las góndolas son atávicas. No recordaba dónde lo había leído ni le apetecía pensar en ello por temor a que se desvaneciera la emoción del instante. Un sol bajo, la forma de ave negra de una góndola en la neblina de la laguna, los bolardos negros perdiéndose en la lejanía, en la otra orilla invisible del agua, como una solitaria falange de soldados en misión de muerte, y él aquí en la Riva degli Schiavoni, con una foto amarillenta, medio rasgada, en la mano. Si eso no es emoción... Fue en ese lugar aproximadamente donde amarró la góndola y fue en esos escalones o en los de más allá, cerca de la estatua de la partisana fusilada medio sumergida en el agua, donde desembarcaron. El tiempo era similar al de ahora, según se deducía de la fotografía. Se sentaron en los escalones, y al poco apareció un joven oficial para decirles, mientras señalaba un rótulo, que los escalones estaban reservados para la Policía de Aguas y que debían desocuparlos. Así que debía buscar aquel rótulo, seguro que no era muy difícil encontrarlo.

Y si lo encuentro, se preguntó, ¿entonces qué? Pues me hallaré en el lugar exacto donde estuve hace cuarenta años. ¿Y? Se encogió de hombros como si fuera otra persona quien hubiera formulado la pregunta. Pues nada, se dijo, nada, esa era precisamente la cuestión.

Había aceptado el encargo de escribir algo sobre una exposición en el Palazzo Grassi con la intención de realizar este peculiar peregrinaje. Un peregrinaje en busca de un espectro. No, más que un espectro, una ausencia. No tardó en encontrar los escalones. Las ciudades eternas tienden a la inmutabilidad. La Policía de Aguas seguía amarrando en los mismos escalones. El rótulo estaba en el mismo sitio, fijado en los ladrillos del muro lateral. Lo habían pintado de nuevo, eso sí. Se sentó en el escalón superior y pensó que el joven oficial que se había acercado a ellos aquel día lejano llevaría ya tiempo jubilado, y, en el supuesto de que siguiera siendo joven después de esos cuarenta años, no habría reconocido a ese anciano sentado en la escalera. La fotografía la había hecho un desconocido que se encontraba un poco más allá, en el borde del muelle, de espaldas a la laguna. Fue tomada con un ángulo de treinta grados, lo que permitía distinguir al fondo el Palacio Ducal. Observó la fotografía, y, como siempre, se sintió asombrado de su falsedad. Las fotografías no sólo eran capaces de retratar a los muertos, sino que además te confrontaban con una versión desfasada de ti mismo, un joven melencólico, irreconocible, cuya apariencia estaba tan asociada al espíritu de una época que la imagen despedía el rancio aroma de un tiempo ya para siempre superado.

El milagro es que uno conserve el mismo cuerpo. Aunque en realidad no es el mismo, claro. El poseedor del cuerpo conserva el mismo nombre, eso es todo.

En realidad, lo que quería decir esa fotografía, pensó, más como una constatación que por autocompasión o por sentimentalismo trágico, es que a él también le había llegado la hora. Aquel día él estaba sentado a la izquierda de ella. Ella alzó sonriente la cabeza hacia el fotógrafo desconocido, se echó el cabello rojo hacia atrás con un rápido ademán y apoyó el cuerpo contra el muro lateral de los escalones cubriendo una parte del rótulo. Miró el agua gris que se mecía al pie de la escalera. ¡Qué milagro que todo permaneciese igual! El agua, la forma de cormorán de las góndolas, el escalón de mármol sobre el que se había sentado. Somos nosotros quienes desaparecemos, pensó, quienes abandonamos la escenografía de nuestras vidas. Pasó la mano por la granulosa superficie de piedra que tenía a su lado, como si quisiera palpar la ausencia de la mujer de la fotografía. Sabía que era fácil caer en formulaciones tópicas cuando uno pensaba en ese tipo de cosas, pero era indudable que había en todo ello un misterio que nadie había resuelto jamás. «Por realidad y perfección entiendo lo mismo», esta vez sí se acordaba de quién era esa frase. Era dudoso que Hegel aludiera a la situación en la que él se encontraba y sin embargo parecía escrita a propósito. Sintió un extraño regocijo al pensar que la realidad era la que era, que no podía modificarse mediante el pensamiento. La muerte era algo natural aunque viniera acompañada de formas de dolor casi intolerables y tan profundas que uno quisiera perderse en ellas para abandonarse a la realidad perfecta del misterio.

Todo comenzó de un modo muy simple. Una isla griega, la casa de los amigos de unos amigos, que le dejaron porque sentían pena por él debido a su reciente divorcio. No estaba acostumbrado a estar solo y anhelaba a todas horas compañía femenina. Un paseo marítimo pavimentado por donde caminaban o paseaban aquellas figuras femeninas a las que él deseaba abordar. Pero no se atrevía por temor a ser tachado de imbécil. «Engatusar a las mujeres», llamaba a eso su amigo Wintrop. La expresión era bonita, pero él nunca fue capaz de hacerlo. ¿Cómo era aquel verso de Lucebert? *Rondando barcas femeninas en la noche*. Sí, eso sí que lo hacía. Pasear de un lado a otro y vuelta a empezar. Rondar, callejear, mirar. Hidra, barcas de pescadores, blancas en la noche oscura, meciéndose suavemente, iluminadas por la luz de neón de las altas farolas del muelle. Golondrinas, cipreses, ¿o acaso era todo ello producto de su imaginación? ¿Existían en aquella época las luces de neón? ¿Por qué iba a corresponder su recuerdo con la realidad? Transfórmalas en luces amarillas, escucha una lechuza, observa las formas oscuras de los pinos. El mar sigue siendo el mismo y bate suavemente contra el muro del muelle. Todo lo demás es reemplazable, el arsenal de objetos con los que se guarnece la memoria.

Ella no se parecía a una barca cuando pasó delante de él. O tal vez sí. Era

extremadamente ligera, como una vela pequeña flotando en el agua. Él debió de hacer el ridículo poniéndose de repente de pie junto al muro del muelle y haciendo el gesto de un agente que detiene el tráfico. Y eso fue lo que dijo, ¡STOP! Todavía lo recordaba con bochorno. Años después, en California, cuando ya todo pertenecía a un pasado remoto, ella se reiría más de una vez de aquella escena. Se quedó tan sorprendida que se detuvo en seco. Curiosamente, él no recordaba si se fue con él aquella misma noche. Estuvieron charlando un buen rato en un bar del puerto. Americana, de nombre italiano. Dieciséis, dieciocho años, se lo quiso preguntar pero no se atrevió. Ya entonces reparó en los signos que la chica tenía en las manos y en los brazos, los signos del zodiaco, no tatuados, como suelen verse hoy en día, sino dibujados con tinta negra sobre la piel morena. Cuando le preguntó qué era aquello, ella le contestó sin más: «Ah, soy una bruja». También de eso se reirían más adelante. Él aún conservaba las cartas que ella le escribió en aquella época, unas cartas llenas de exaltadas historias sobre brujería y hechizos, fantasías que a él le parecían absurdas y que sin embargo al principio le resultaron excitantes. Entonaban con el espíritu de la época y más aún con el cabello rojo de su amiga, con sus ojos color pizarra, con su voz sorprendentemente profunda y un poco ronca. Durante los días siguientes a su encuentro, ella durmió en su gran casa blanca. En su casa, no en su cama. Ese fue el pacto. Ella se dejaba acariciar mirando hacia otro lado y luego se quedaba dormida de un modo sorprendentemente profundo, con la ausencia de un animal para quien el mundo ha dejado de existir. Él se sentía entonces un poco ridículo y desplazado, pero le conmovía la confianza que ella le mostraba. Mejor la compañía que el amor, algo así escribió por aquel entonces en su diario. Más tarde se deshizo de ese diario, algo que ahora lamentaba, aunque de esa frase se acordaba todavía. Unos días después todo cambió. Tal vez se lo estaba inventando, pero le pareció recordar que le señaló uno de esos extraños signos que llevaba pintados en diferentes partes del cuerpo y le dijo algo así como que había llegado el momento. Algo relacionado con los planetas, cosas que ya entonces a él le parecían una simpleza.

En el amor fue astuta y a la vez infantil, no había encontrado otras palabras para describirla. Aunque la calificación de «astuta» nunca le había convencido, no era el término apropiado. Más bien calculadora, consciente de su propósito, pero tampoco era exactamente eso. Su premeditado comportamiento infantil suscitó entre ellos una sensación de juego prohibido que a él le resultaba excitante, como si ella tratara de insinuarle que dormía con una niña, algo que él nunca había experimentado ni volvería a experimentar de esta manera.

Regresó a la ciudad. La exposición de Piero della Francesca le había causado una profunda impresión. En realidad no sabía por qué había visto en esa exposición un paralelo con aquella historia tan lejana, tal vez por la sencilla razón de que el pintor y aquel recuerdo le ocupaban la cabeza simultáneamente, tal vez también porque había algo en las obras de Piero della Francesca que resultaba inaccesible, una sensación similar

a la que experimentó aquellas pocas semanas en que él y la chica estuvieron juntos. No puede decirse que ella fuera una mujer misteriosa, lo de la brujería era una sandez, pero su presencia «ausente» le recordaba de alguna manera las figuras hieráticas de las pinturas del artista. Cuando uno estaba frente a ellas, sentía un fuerte deseo de penetrar en su mundo, pero este era inaccesible. No sabía aún qué escribir en su artículo, como tampoco sabía qué hacer con su recuerdo.

Tomaron un tren, por aquel entonces, y atravesaron Grecia para ir a Yugoslavia. De aquel viaje no recordaba más que las habitaciones de miserables pensiones y la corona de cabello rojo sobre la almohada. Y una noche en Belgrado, en la terraza de una cervecería, donde unos hombres en plena juerga les ofrecieron su *slivovitz* y luego arrojaron sus copas al suelo de grava. Así llegaron a Venecia. No recordaba en qué hotel se alojaron, pero sí el lugar donde fue tomada la foto. Se dio la vuelta y volvió sobre sus pasos.

En realidad era inconcebible que la gente desapareciera sin más de la vida de uno. Deberíamos tener cientos de vidas paralelas. Despedida en la gran estación, el aturdido vagabundeo por la Fondamenta Santa Lucia, de nuevo solo, un hombre callejeando entre la multitud que acababa de experimentar cómo alguien se había desvanecido súbitamente en el mundo: un brazo delgadito que asomaba por la ventana de un tren y luego el propio tren, un artefacto cuadrado con luces, alejándose por el Ponte della Ferrovia. Después el vacío. Cuarenta años habían transcurrido desde entonces. Regresó a su habitación de hotel y se puso a hojear el catálogo de la exposición. Sí, era absurdo tratar de encontrar una conexión entre aquella historia tan lejana y Piero della Francesca.

¿Quién había sido ella? Una hija de los tiempos del *flower power* y él, en su soledad, un joven dispuesto a enamorarse y escuchar aquellas monsergas sobre planetas y estrellas que según ella interferían en sus vidas. ¡Como si estos no tuvieran otra cosa que hacer!

Y sin embargo, de noche junto al mar, cuando su voz le seguía hablando de Saturno y Plutón como si fueran seres vivos que desde el universo tejiesen los hilos por los que discurrían las vidas de una chica de diecisiete años de Mills Valley y de un periodista *freelance* de Ámsterdam, él había sentido una fascinación difícil de describir, no por las historias que ella le contaba, sino por el tono pizarra de sus ojos que parecía iluminarse en la oscuridad.

El amor era necesidad de amor, eso bien lo comprendió. Que unas cuantas esferas inertes, compuestas de gas y de hielo, rigieran nuestras vidas desde el universo era una fábula que la gente se contaba para sentirse parte de algo en un mundo en el que otras fábulas habían perdido credibilidad. Y si no eras capaz de soportar esas cosas, no haber dicho «stop» a una transeúnte cualquiera.

De vuelta a su casa vacía de Ámsterdam, estuvo esperando sus cartas escritas con aquella caligrafía americana poco agraciada y casi infantil, los márgenes adornados con

medio zodiaco y signos sicilianos contra el mal de ojo. Se preguntaba ahora qué le habría contestado él. No recordaba quién de los dos fue el primero en dejar de escribir, pero sí la excitación que sintió cuando al cabo de más de veinte años recibió inesperadamente una carta escrita con la misma caligrafía torpe. En ella le decía que había leído una reseña suya sobre Jacoba van Heemskerck en un catálogo sobre arte espiritual publicado con motivo de una exposición de la obra de esta artista en San Francisco. Le habían sucedido muchas cosas, le decía. Se había casado, divorciado, tenía dos hijos y pintaba cuadros que tal vez guardasen cierta similitud con los de Jacoba van Heemskerck. En la carta había incluido dos fotos de su obra: unas superficies nebulosas de un color que a él le recordó el tono de sus ojos, gris con unas manchas luminosas flotantes. Arte destinado a las paredes de un centro de meditación. Las cosas no le habían ido bien, pero el budismo le había sido de gran ayuda. Cerca de su casa había un monasterio que le había servido de mucho. De no ser por sus hijos, habría ingresado en él. Se acordaba de él con frecuencia. A lo mejor se estableció una especie de afinidad espiritual entre ellos mientras él redactaba su reseña de la obra de Jacoba, una artista apenas conocida en Estados Unidos, pero que para ella había sido una fuente importante de inspiración, y sobre todo un consuelo, pues había vivido experiencias desagradables que prefería no contarle para no aburrirle. Esperaba que le llegara la carta y sentía que su visita a esa exposición había sido una señal. ¿No era extraño que personas que se habían conocido se perdieran para siempre de vista en este mundo? ¿Que el uno no supiera si el otro vivía, a pesar de haber viajado juntos, de haber compartido experiencias? Cuando se conocieron, ella era en realidad una niña. Durante el tiempo que estuvieron juntos había vivido como en un sueño, tanto en la vieja casa de Hydra como en el largo viaje en tren por aquellos áridos paisajes y al final en Venecia, adonde esperaba poder volver alguna vez. Probablemente habría dicho muchas tonterías en aquellos días, le pedía disculpas por ello, pero con todo él supo respetarla tal como era entonces y ahora quería agradecersele, porque las cosas también podrían haber ido de otra manera. No estaba segura de si él comprendía a lo que se refería. En realidad, lo que quería decirle es que le agradecía que él no hubiera abusado de ella. Esperaba que comprendiera que no le estaba pidiendo nada. Y que de todos modos era un milagro que entre los miles de millones de personas que hay en el mundo se hubieran vuelto a encontrar. Naturalmente no era necesario que contestara a su carta, no era eso lo que ella pretendía, aunque sí le gustaría saber si estaba bien.

No muy bien, debería haber sido su respuesta sincera. Pero no pensaba contestarle eso ni tampoco que su reseña sobre Jacoba van Heemskerck la había escrito por encargo, que aunque sentía respeto por la obra de esa artista, la consideraba un poco inconsistente, y que en su opinión el interés que actualmente esta suscitaba formaba parte de esa afición general por lo espiritual que en los últimos años había tomado posesión de las almas de la gente, y de la que ella, la que escribía la carta, había sido en cierta manera una precursora. Su obra era pródiga en color, sí, y con un dinamismo tal vez similar al de

Kandinsky, pero carecía de la historia que él buscaba. Ese arte no había sido sino una reacción al siglo XIX que él tanto detestaba. En lugar de esto, le contó que estaba preparando una tesis sobre Piero della Francesca. ¿Conocía ella a ese pintor? Y sí, le alegraba haber recibido una carta suya. ¿Qué sucedería si se volvieran a ver? Él seguía conservando aquella pequeña fotografía de ella junto al bolardo en la Riva degli Schiavoni. ¿Se la envió en su día? No lo recordaba. Y eso que acababa de decir del siglo XIX no era del todo cierto. Flaubert, Stendhal, Balzac, ellos habían sido ya una reacción a aquella antigua indolencia en la que se anegaron tantas esperanzas. Le bastaba con mirar las primeras fotografías de aquella época, el estatismo de los largos tiempos de exposición, para saber que no desearía haber vivido en aquella antesala del modernismo. ¡Aquella fotografía! Una chica junto a un bolardo tan grande que hubiera podido servir de amarre incluso de un buque. Un vestido muy ligero, con un toque violeta, por el que asomaba el rostro efímero de una criatura humana, pura fugacidad capaz de desvanecerse de un soplo. Una Madonna de Bellini, aunque eso no se lo dijo. Un estudioso de la historia del arte debe desconfiar de las comparaciones. Y con todo, incluso sin hijo, ella había sido una Madonna. La misma sombra en la parte izquierda del rostro que no presagiaba nada bueno, unos ojos mirando hacia dentro que habían visto ya cien veces la futura tragedia del niño que sostenía en su regazo, y luego el propio niño, un viejo filósofo consciente de que la mano amorosa de su madre no lograría salvarle de la muerte.

Antes de que acabara de leer la carta, él ya había tomado la decisión: iría a visitarla. Y eso fue lo que hizo. Un ejercicio sin sentido, le advirtió uno de sus amigos, pero él no lo creía así. Las historias hay que concluir las.

Y la consecuencia de todo ello fue un viaje a Estados Unidos y una mujer esperándole en un aeropuerto de San Francisco, una mujer en cuyo rostro vio la imagen envejecida de sí mismo. Las personas son extraordinarias, merecerían ser premiadas continuamente. Se escrutaron con una mirada fugaz que no duró más de un segundo, una fotografía interior de extrema nitidez sobre la que de momento no iban a hablar. Arrugas en el contorno de los ojos, el cabello todavía con un brillo rojo pero más apagado, testimonio del paso del tiempo, y un repentino compañerismo, tal vez ternura. Más amor que antes, lo supo enseguida, un amor con el que no haría nada, también eso lo supo en el acto. La vulnerabilidad había aumentado. Una casa de madera, suburbio de un suburbio, acuarelas de la órbita de Rudolf Steiner, un arte que a él nunca le había interesado, cosas que en otros tiempos habría dicho y sobre las que ahora era capaz de mentir con una facilidad que a él mismo sorprendía. Sigues viviendo en un sueño, le dijo, y ella, fiel a sí misma, le contó algo así como que Saturno era el autor de aquellas manchas flotantes, que había sido una semana de éxtasis absoluto, que había sentido aquella fuerza noche tras noche mientras pintaba, y que al acabar se había sentido más vacía que nunca, vacía pero feliz.

Poco tiempo después ella había visto aquella exposición y había comprendido que era una señal de que debía escribirle. Pero nunca imaginó que fuera a verla.

«Servicio de Amor» fue el término que se le ocurrió. Había venido para concluir una historia.

Lo cual no era lo mismo que ponerle fin. Algo había permanecido abierto. La mayoría de las veces, la cosa no iba a más: dos personas vivían una historia, luego se imponía la distancia, el tiempo, el desgaste, el olvido. De cuando en cuando un pensamiento, un vago recuerdo, lo normal, lo que solía suceder, excepto cuando uno no se conformaba con ello. Algo tenía todavía que ocurrir, una verificación, una forma de despedida. Las historias hay que cerrarlas, no sólo para uno mismo, sino también para el otro, a no ser que el otro no tenga necesidad de ello. Eso era lo que él había ido a hacer en Mills Valley. Y eso era lo que estaba haciendo de nuevo ahora, después de la muerte de ella, en Venecia.

¿Experiencias desagradables? ¿No fue eso lo que ella le dijo en la carta? Sí, pero no quiso hablar de ello.

¿Y si salían a pasear? ¿Un paseo por la orilla del mar? Hacía buen tiempo, un poco tormentoso, pero esa era la atmósfera apropiada. ¿O estaba él muy cansado? No, le apetecía salir a pasear y sentir los azotes del viento. Nadar iba a ser imposible, por la fría corriente del golfo y también por las *riptides*, las aguas revueltas. El mar estaba hermoso pero era un peligro, dijo ella. Y así era. Marin County, McClures Beach, un largo descenso, y unos campos a izquierda y derecha donde había unos alces enormes a los que estaba prohibido acercarse. Periodo de celo. De cuando en cuando se les oye bramar cuando se desafían con su imponente cornamenta. Abajo golpeaba el rompiente, muros de agua que te venían al encuentro, los correlimos correteaban delante de las olas trazando en la arena signos de un alfabeto minúsculo. El bramido del mar era un órgano furioso, el lugar donde se concluye una historia que empezó veinte años atrás. Entonces te pones a gritar contra el viento.

Una maldición, un destino que no se aviene con las tonalidades de esa tierra, ni con los colores infantiles de la ropa que viste ahí la gente mayor, ni con las casas ligeras de madera, ni con las imitaciones de una pintora holandesa de la era antroposófica. Por eso te acercas a la violencia del océano y lanzas tus palabras contra el viento, mientras la voz femenina grita contra la rompiente cosas sobre un poeta que la abandonó, un hijo drogadicto, una enfermedad como una bomba de relojería, «pero estoy resignada».

«Un poco excesivo, eh», dijo ella más tarde en el coche. Esa era la frase que él se llevó consigo a Venecia, «un poco excesivo». Se cartearon un par de veces más, pero cuando él le preguntaba por su enfermedad, ella rehusaba contestarle y le decía que los planetas y las estrellas la acompañaban más que nunca y que a veces sentía como si alguien estuviera a punto de llevársela al cielo. Y también le dijo que le había hecho un

dibujo, que le enviaría cuando llegara el momento. Y que no quería su compasión. Acababa de regresar de la playa, donde había presenciado una puesta de sol alucinante, una extensa estela roja dirigiéndose en línea recta a la playa en la que habían estado los dos. Podría haber caminado sobre el agua directamente hacia el sol.

Al cabo de una semana más o menos llegó la acuarela que él había visto en su casa y que nunca llegó a colgar. Y con la acuarela, las cartas que él le había escrito durante los últimos meses y las de veinte años atrás. Las arrojó al agua sin leer. «Para eso están los cubos de basura», le conminó una voz a sus espaldas. Él no contestó y se quedó mirando los papelitos blancos que se mecían sobre el agua cenicienta del atardecer, hasta que pasó una góndola y los perdió de vista.

Tormenta

«Yo también soy un barómetro», le dijo él cuando se detuvieron frente al barómetro. «Siento la presión en el esqueleto.» Otro se hubiera referido a los huesos en lugar de al esqueleto, pero Rudolf no, porque sabía que eso irritaba a Rosita. Sabía además por qué le irritaba, lo que era aún peor. Como Rosita se lo tomaba siempre todo en sentido literal, visualizaba ante sí el esqueleto que él había mencionado y eso le resultaba desagradable. «La época de la “Vanitas” en la pintura ya ha pasado», le dijo ella, «tampoco colocas ya una calavera sobre tu mesa de despacho. Si me lo hubieras dicho una hora antes, no habría follado contigo. No me apetece nada acostarme con un esqueleto». Rosita se lo estaba imaginando: las costillas traqueteando unas contra otras, las calaveras pegándose bocados. «A veces te comportas como un verdadero hijo de puta, sólo porque cambia el tiempo.» Él no le contestó, porque era verdad, tanto lo uno como lo otro. De repente el verano había llegado a su fin. Las nubes formaban castillos grises, el blanco de las casas españolas se había tornado de pronto opaco y el jardín estaba a punto de anegarse, porque cuando llovía, llovía a cántaros. Y la inevitable melancolía que comportaba todo ello. Las puertas, abiertas durante todo el verano, se cerraban, los largos paseos por la costa se hacían más temprano, y, entre la caída de la tarde y la hora a la que en España se cenaba, se formaba un agujero negro. Eso implicaba salir antes a tomarse una copa en un bar o ponerse a leer con el frío metido en el cuerpo junto a una estufita eléctrica en una casa que había perdido gran parte de su encanto. A él le fastidiaba que a Rosita no le afectara eso. En realidad, nunca le afectaba nada. Ni siquiera padecía insomnio. Tampoco el hastío hacía mella en ella. Ella simplemente desaparecía, se encerraba en su cuarto de trabajo, donde al parecer era feliz. Rudolf no se explicaba cómo alguien que llevaba años investigando la historia del movimiento obrero holandés podía ser feliz. Todo cuanto Rosita le contaba sobre ello, desde Domela Nieuwenhuis hasta Henriette Roland Holst, le causaba una profunda desconfianza. Destacados socialistas de buena familia y con muy buenas intenciones hacia la clase explotada. Un siglo después, la clase social a la que estos quisieron emancipar se encontraba subida a una escalera pintando la casa de al lado, con el cuerpo tatuado como un maorí y la radio a todo volumen emitiendo sonidos vociferantes, músicas martilleantes y las insoportables voces de los pinchadiscos de moda. Y en la televisión, los nuevos famosos, los héroes de algún culebrón de la temporada, soltando vulgaridades. Ay, si regresaran los Gorters y los Van Eedens¹, se decía Rudolf. Se llevarían un susto de muerte. Al fin habían conseguido su

propósito, la dictadura del proletariado, el arte para el pueblo. *Veo a los trabajadores bailando en hileras de plata a orillas del océano*, versos de esa naturaleza. De Gorter, si no recuerdo mal. Sí, y lo de bailar también lo habían conseguido, en la discoteca de Torremolinos. Ante semejantes comentarios, Rosita respondía con un canturreo que él nunca sabía si interpretar como una manifestación de desprecio o de profunda compasión. Cantaba en un tono agudo y ligero, similar al trino de un pájaro, como si ya hubiera emprendido el vuelo para alejarse de él.

Pero no era esa la intención de Rosita. Yo te compré con todos tus defectos incluidos, solía decirle ella en uno de sus excepcionales arrebatos de arrepentimiento. Se había enamorado de un hombre que tallaba pequeñas figuras de madera, que era un barómetro y que padecía de eclipses solares. En cuanto desaparecía el sol, él tenía que recurrir a sus reservas secretas, idear estrategias para hacer frente al abatimiento más absoluto. La noche y el invierno eran sus enemigos naturales. Durante esos periodos la madera quedaba intacta en su taller, dejaba de tallar sus fantásticas figuras y no reaccionaba a las demandas de las galerías de arte. Rudolf navegaba sin rumbo por la oscuridad como una nave a la deriva. Rosita no se inmutaba. Sabía que esto a él le fastidiaba, pero también sabía que su insensibilidad hacia lo que él denominaba su agujero negro era lo que le mantenía en pie hasta que se habituaba de nuevo al cambio de estación y a la oscuridad que esta traía consigo. La mejor estrategia era ir contra corriente.

«¿Vamos a San Hilario?»

Él se encogió de hombros. San Hilario estaba a unos treinta kilómetros. Para llegar hasta allí había que cruzar una zona bastante agreste. San Hilario era una pequeña cala con una playa, que ellos habían descubierto cuando era todavía virgen, y en la que una promotora había edificado un hotel. No muy lejos de allí, en la playa, había un antiguo bar donde se podía comer algo, un establecimiento de esos que los españoles llaman «chiringuito». El interior era completamente blanco, había mesas de plástico, una gran terraza y sillas de aluminio que rechinaban al desplazarlas. Con aquel día tan oscuro seguro que ya habrían encendido los tubos fluorescentes. El neón era una ayuda para Rudolf, eso lo consideraba Rosita científicamente probado, aunque nunca se lo había dicho. Un sol artificial oblongo, blanco y frío, haciendo de placebo. Funcionaba, sí.

La temporada de verano estaba llegando a su fin, apenas quedaban turistas. Mientras se dirigían hacia la cala se desató la tormenta. Las nubes, unas masas pesadas y plomizas, estaban suspendidas sobre el verde de los olivos como si quisieran engullirlos. De repente el paisaje se iluminó de forma extraña, cayó el primer rayo. Le siguió el estallido seco y hondo del trueno y a continuación empezó a caer el granizo, que descargó con fuerza sobre el coche, aporreando el techo con redobles sonoros. Rosita miró hacia otro lado, porque sabía que Rudolf se pondría contento. Debe de haber un idioma, dijo él en cierta ocasión, que describa todas las clases de nubes. Sillar, piedra

caliza, pizarra, pelusa blanca, polvo peligroso. Rosita sabía que lo que él más deseaba en aquel momento era apearse del coche y adentrarse en la tormenta. Le encantaba todo lo que tuviera tensión dramática. «Lo que yo necesito es la fuerza de los grandes fenómenos naturales», decía él. Y sus deseos habían sido satisfechos, como siempre. Rosita controlaba con dificultad el volante del pequeño Seat. Un motorista solitario se apeó de su moto y durante un segundo el rayo trazó una figura que parecía una escultura en el paisaje. El aparcamiento junto al chiringuito estaba casi vacío. Al apearse del coche, el agua le llegó a Rosita hasta los tobillos. Mientras corrían hacia la terraza cubierta oyeron el bramido de las olas atizadas por el rugido de la tormenta. El gris del mar se fundía con el gris del cielo. La pequeña isla frente a la costa era apenas visible.

Había unas cinco personas en la terraza. Dos mujeres con impermeable sentadas al fondo, un hombre negro con una camisa amarilla que intentaba leer, un matrimonio sentado a la mesa de al lado. Lo suficiente para una película.

Esto último lo dijo Rudolf. Rosita conocía bien su propensión a ver en todo una escena cinematográfica. La mayoría de las veces ella estaba de acuerdo con él. En efecto, aquella terraza reunía todas las condiciones. Unidad de tiempo, lugar y acción. Drama de sobra, con esa tormenta. Al parecer, el matrimonio de la mesa de al lado acababa de tener una tremenda discusión que intentaban disimular. Rosita se había percatado de ello antes de que pronunciaran una palabra. La mujer era guapa. Vestía toda de blanco: zapatos, blusa, gabardina. Y, por si eso no bastara, se aplicó un pintalabios de un tono muy claro, casi fosforescente, como para entonar con la tormenta. No parecía tener frío. El hombre sí. Enfundado en su anorak rojo miraba hoscamente hacia el suelo, con una gran copa de coñac en la mano. Rosita no se identificaba con esa mujer, pero de alguna manera percibió en esa pareja un reflejo de la suya, algo que le produjo un cierto desasosiego. A Rudolf no le hizo ningún comentario al respecto, entre otras razones porque le había funcionado la estrategia y porque, gracias a la melancolía del temporal, él se había liberado de su mal humor. La electricidad exterior parecía recargar sus pilas. Rosita vio cómo su marido miraba a la mujer que en aquel instante intentaba fotografiar el rayo con una pequeña cámara digital.

En su forma de mirar, Rosita vio que estaba pensando en una de sus tallas, algún día daría forma a esa imagen que estaba observando. No estaba muy segura de si una boca puede fruncirse, en cualquier caso eso era lo que él estaba haciendo en aquel momento. Apretaba los labios de un modo extraño, ávido y tenso, al tiempo que seguía cada movimiento de la cámara que la mujer blanca sostenía en alto tratando de capturar el rayo, que se le escapaba una y otra vez. ¡Y menudos rayos! En esa tierra las tormentas eran un fenómeno de otro orden. Largos rayos de una luz blanca cegadora, a veces varios al mismo tiempo, y unos estampidos cada vez más fuertes y consecutivos.

«Déjate de tonterías», exclamó el hombre enfundado en el anorak. Lo dijo en alemán y tan fuerte que era obvio que suponía que nadie le iba a entender. Rosita había hecho el

pedido en español y podía pasar por española. La mujer hizo otra foto y comprobó si había capturado el rayo. «Arschloch. Du bist wirklich ein Arschloch»², le espetó la mujer en un tono tranquilo y sereno, como si fuera una información dirigida a los turistas.

«Déjame en paz o lárgate al hotel. Voy a seguir aquí hasta que...» El resto de sus palabras no se escucharon, pues las apagó un trueno tan potente que la terraza tembló.

«Ese rayo seguro que no lo has pillado», le respondió el hombre.

Con el siguiente trueno se fue la luz. La valla de madera que separaba la terraza de la pendiente que llevaba a la playa sólo se distinguía con la luz de los relámpagos. Al igual que las olas espumosas que batían contra la playa. Por lo visto la mujer seguía empeñada en hacer una foto de la escritura eléctrica que recorría el horizonte como un alfabeto astillado, pues oyeron el sonido de su cámara y por un instante entrevieron el trémulo parpadeo de una lucecita roja. Durante los dos segundos previos a que volviera a encenderse la luz, el hombre habría golpeado la mano de su mujer para arrebatarse la cámara. El aparato yacía en un gran charco al borde de la terraza. La mujer le dio un cachete en la cara y le insultó con las mismas palabras de antes, remachadas esta vez con el ruido de la silla de aluminio que cayó al suelo cuando el hombre se puso bruscamente en pie. Con la copa de coñac en la mano y moviéndose como si fuera un robot programado, el hombre se encaminó hacia los escalones que daban a la playa. El camarero, que protegido tras las ventanas había estado observando la escena de la terraza, salió afuera, pero el hombre negro se le adelantó y se apresuró hacia los escalones que el otro empezaba a descender a paso lento. Rosita no olvidaría jamás aquella siniestra alternancia de luz y oscuridad, bajo la cual el hombre con la copa en la mano aparecía y desaparecía una y otra vez, hasta que se lo tragó la noche. Cada vez estaba un poco más cerca del mar, avanzando con el mismo movimiento robótico de antes.

«Ese lo que quiere es ahogarse», observó Rudolf. Pero no llegó a hacerlo.

Cayó fulminado por el rayo. Durante un segundo fue como si la electricidad fluyera por encima de él. Fulgores líquidos, una rauda línea de luz blanca recorriendo la oscura silueta de su cuerpo. Todos oyeron su grito, audible incluso por encima del bramido de las olas, un alarido de palabras desarticuladas sofocado por el grito agudo de la mujer y un nuevo trueno. Vieron cómo el camarero y el hombre negro se inclinaban sobre el cuerpo retorcido del hombre sin atreverse a tocarlo. Eso no sucedió hasta más adelante, cuando la policía y la ambulancia hicieron su aparición con las sirenas a todo volumen. En el interrogatorio, durante el cual la mujer no cesó de gimotear, nadie mencionó la discusión que había tenido la pareja, como si lo hubieran pactado de antemano. No les permitieron marcharse hasta que los agentes hubieron anotado sus señas y otros datos. Rosita y Rudolf se encaminaron hacia el coche por el fango. A lo lejos, la escritura

eléctrica seguía trazando sus caracteres en el cielo, pero ya no se oían truenos y el viento había amainado. Sólo quedaba la lluvia, menuda pero penetrante.

La carretera se había transformado en un arroyo. Tuvieron que sortear ramas para llegar al coche.

Rudolf puso un CD, música coral de Kurtág que solía escuchar en su taller. No era precisamente el tipo de música que le gustaba a Rosita. Voces agudas y etéreas que parecían ascender a gran altura, un sonido sagrado tras la puerta cerrada de su taller que la excluía. Sabía que cuando sonaba esa música él estaba trabajando. Esas voces me acompañan, le había dicho Rudolf alguna vez. Rosita había intentado imaginarse qué sentía él cuando esas voces se propagaban de un modo extraño, como si fueran sostenidas hasta el límite de la respiración para superponerse a continuación en repetitivos movimientos en *staccato*. A veces, escuchando aquellas voces, veía ante sí una lejana multitud que se transmitía un terrible secreto cuya esencia a ella se le escapaba porque la puerta cerrada le impedía el acceso. Ahora, en el coche, de repente sintió como si esas voces formaran parte de lo que acababa de suceder. Rosita volvió a ver cómo la mujer vestida de blanco, que permanecía en silencio, era sostenida y trasladada por dos enfermeras hacia la ambulancia, donde la sentaron en una pequeña silla al lado de la figura humana que yacía bajo las sábanas. No hacía ni una hora que Rosita había visto en aquel matrimonio un reflejo del suyo. Se estremeció y miró por el rabillo del ojo derecho el rostro cerrado de su marido. En ese instante la música le sonó como una batalla entre hombres y mujeres, las voces femeninas como latigazos. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y pensó que nunca había visto morir a nadie.

«Requetemuerto», fue la respuesta de Rudolf cuando ella le preguntó si el hombre había muerto. El efecto del rayo había sido como el de diez sillas eléctricas, el cuerpo olía a chamuscado. El impacto es brutal en un caso así.

No había nadie en la carretera. Al día siguiente el suceso aparecería en el periódico local y la gente acudiría de todas partes para ver el lugar del incidente. En la isla no sucedían muchas cosas, una colisión en la carretera era ya una gran noticia. De repente Rudolf levantó la mano y le ordenó que se detuviera un momento en el arcén derecho.

Él siempre veía las cosas antes que ella, Rosita estaba acostumbrada a esto. Sabía que en aquel instante él iría a por el cuchillo o la pequeña sierra que guardaba en el maletero por si descubría un trozo de madera especial que pudiera servirle para sus tallas. Por el retrovisor lo vio caminando por la carretera en dirección contraria y luego cruzar una acequia y adentrarse en el bosque. Rudolf llevaba consigo la linterna grande, se distinguía el movimiento de la luz entre los troncos. Rosita bajó el volumen de la música y escuchó el sonido de la lluvia que el limpiaparabrisas distribuía en intervalos regulares, *tic tac, tic tac*. Al cabo de un instante oyó que Rudolf la llamaba. Puso los intermitentes y se apeó del coche. Rudolf estaba delante de las raíces de un árbol derribado por el viento y le

pidió que le sostuviera la linterna para iluminarlo. Bajo la luz amarilla, la parte inferior del tronco semejaba la cabeza de una gigantesca medusa. Las raíces retorcidas eran como una mata de cabello rasta lleno de terrones de tierra y de piedras. Rosita tuvo la sensación de que todos aquellos tentáculos se extendían hacia ella y sin querer dio un paso atrás. «¡No! ¡Acércate más!» La voz de Rudolf sonó severa, como siempre que estaba concentrado en algo. Con la mano apartó un poco de tierra rojiza y se puso a serrar una de las raíces, un trozo de madera de formas caprichosas que parecía seguir con vida, y así era naturalmente.

Rudolf sostuvo la raíz en alto iluminándola con la luz de la linterna. Mostraba una extraña curvatura, como un hombre yaciendo en el suelo con las piernas dobladas.

«Parece un feto», observó Rosita, pero Rudolf no reaccionó. Sólo le lanzó una mirada que le hizo entender de inmediato que había dicho algo inapropiado. Regresaron al coche en silencio y depositaron el trozo de madera en el maletero. Él se puso a canturrear y olvidó volver a poner la música. Durante un buen rato Rosita logró permanecer en silencio, pero al fin se decidió a preguntarle:

«¿Qué sucede cuando te fulmina un rayo? ¿Mueres en el acto?».

«No, no siempre. Pero recibes una enorme descarga eléctrica. Nuestro cuerpo se compone en un ⁷⁰ por ciento de agua. Así que en realidad te evaporas. La resistencia viene de los huesos.»

Eso se lo acababa de inventar.

«No tienes ni idea.»

«Cierto, así es, pero el hombre ha muerto, no hay vuelta de hoja. Carbonizado. Su rostro quedó completamente calcinado. Llovía y el agua es conductora de electricidad.»

Luego los dos guardaron silencio. Una vez en casa él se encerró en su taller.

Rosita le escuchó limpiar la raíz del tronco. A la mañana siguiente vio que la había depositado al lado de la chimenea. Debido a su curvatura daba la impresión de que sufría dolores. Una gran fuerza había retorcido la madera dándole una forma antinatural. Paradójicamente había sido la propia naturaleza la que le había imprimido esa forma.

«No la toques», dijo él, «hay que dejarla secar».

A la luz de la mañana Rosita comprendió qué imagen iba a representar aquella raíz.

Recordó que, por un instante, mientras la mujer volvía a hacer una foto, el hombre la había mirado a ella.

Ojos azules claros. Rosita tuvo la sensación de que él quería decirle algo, pero no lo hizo. Ella respondió a su mirada con una sonrisa mientras alzaba ligeramente la mano.

Aquel día Rosita no compró el periódico, para no ponerle nombre a aquella imagen.

Heinz

«What an empty episode!», said Eliza. «It seems to have no meaning.»

«It has none», said Sir Robert. «So we will not give it one. We will not pretend that something has happened when nothing has.»

Ivy Compton-Burnett, *The Last and the First*

1

Empezaremos por una ronda de engaños. Miro una fotografía de un grupo de gente entre la que me encuentro yo mismo. Ahora voy a fingir que no conozco a nadie de la foto, tampoco a mí. ¿Qué veo entonces? No, voy a redoblar el engaño. Cuando miro por la ventana desde el lugar donde estoy escribiendo, veo un prado y una estrecha carretera comarcal que dobla hacia la izquierda. El asfalto está mojado. Es invierno, pero no hay la nieve habitual en esta temporada del año. Los árboles de enfrente están pelados. Abedules, un pino muerto, un pequeño estanque. Al lado hay una tumba sin lápida. Al fondo, un segundo y un tercer prado. La tierra está encharcada, es cenagosa, lo sé por mis paseos. A lo lejos se extienden unos bosques como un parapeto negro.

Puede que parapeto no sea el término más apropiado en este caso, pero mantiene cierta relación con «engaño».

El idioma se hereda. Uno no es nunca del todo uno mismo cuando habla, lo cual también ayuda a sostener la mentira. Si hiciera buen tiempo, divisaría desde aquí los Alpes, con lo que la ficción sería más flagrante todavía, pues en la fotografía que tengo aquí sobre la mesa no hay ni rastro de montañas. Observo a las demás personas. Ellos –debo mantener el «ellos», el «nosotros» vendrá más adelante– se encuentran en un paisaje mediterráneo. Están muy lejos de aquí, tanto en el espacio como en el tiempo. Un grupo de gente vistiendo ropa de sport con el cabello al viento. Cinco hombres, dos mujeres y medio perro. Si la foto hubiera tenido un centímetro más por la derecha, se habría podido apreciar si la oreja izquierda del perro blanco era negra como la otra. Al fondo se ve una vieja carreta campesina. ¿Qué clase de juego es ese de fingir que no conozco a esta gente? ¿Acaso pretendo desvelar sus secretos? ¿Sólo con mirarlos? ¿O es que quiero convertirlos en extraños precisamente porque conozco sus secretos? Todos ellos han vivido unos cincuenta años, hasta ahí la cosa está clara. No es gente con

problemas económicos, eso se ve. Pertenecen a la clase acomodada. Visten prendas deportivas.

Tal vez estén a punto de salir de caza o de ir a cuidar sus caballos. Si alguien encontrara esta foto, hoy o dentro de cincuenta años, ¿qué pensaría? Si lo hiciera hoy, ¿sentiría curiosidad? ¿Le apetecería a ella conocer a los hombres de la fotografía? ¿Le resultarían a él atractivas las mujeres? Dentro de cincuenta años las preguntas serán otras. Entonces todos los que aparecen en la fotografía se hallarán en el reino de los muertos o serán tan viejos que ya no parecerán de este mundo. Durante un breve segundo la contemplación de la foto se torna un ejercicio melancólico, pero sin grandes consecuencias. Los muertos gozan de pocos derechos. De modo que los dejo vivir y hago como que esa foto representa el presente, un presente en el que esos siete individuos miran a un fotógrafo, o fotógrafa, invisible. Sólo uno de ellos, el hombre de la gorra, ríe. Los demás esbozan una sonrisa, nada más. No sabemos si conocen al fotógrafo o fotógrafa, probablemente sí, pues ninguno de ellos posa para la foto. Simplemente están ahí de pie, en una fila más o menos fortuita, el rostro vuelto hacia la cámara. Dentro de un par de segundos la fila se deshará y ellos volverán a hablar entre sí. Bien, narrador, ¿hacia dónde quieres ir con todo eso? Sólo si padecieras alzhéimer, habrías olvidado quiénes son esas personas. Sí, me refiero a ti. Uno de los siete eres tú mismo, dos de los hombres no los conoces, de modo que quedan cuatro, y sobre uno de esos cuatro quisieras contar algo, porque es el único que ha muerto. ¿A qué viene tanto misterio? ¿Acaso pretendes hacer de esto algo más de lo que es? En la novela o el cine, el drama existe únicamente porque ha sido eliminada su extensión, porque es posible concentrarlo en una lectura de un par de noches o en una cinta de dos horas, pero ¿y luego qué? En la vida real existen episodios que podemos llamar dramáticos, sí, pero para transformarlos en arte es necesario comprimirlos y sintetizarlos. La extensión era una virtud en el siglo XIX: Stendhal, Trollope. Pero nosotros ya no la toleramos, la mente se nos distrae continuamente. Nuestro caos despoja a los relatos de su forma y los hace confusos. En una buena historia, el tiempo ha sido abolido y a la vez está presente. En las fotografías importa siempre quien no aparece en ellas, pero ¿cómo sabemos quién falta? Quiero decir que uno no puede saber quién falta si no conoce a la gente de la fotografía. Esa es la diferencia. Heinz está al lado de su mujer, pero su primera mujer no está. ¿Heinz? El cuarto por la izquierda y el cuarto por la derecha. Sin contar el perro, él se encuentra justo en el centro de la foto. Tiene un nombre alemán, pero no es alemán. El centro. De ese grupo y de esta historia. No he mantenido mucho rato la ficción del engaño, es obvio que conozco a todos los que están en la fotografía. ¿Por qué lo he intentado entonces? ¿Me permite explicárselo al final?

El arte de Liguria. Quien haya leído *Ossi di seppia* de Eugenio Montale sabe lo que eso significa. Huesos de sepia. Detrás de la costa devastada existe todavía un paisaje clásico. Cierra los ojos y verás pasar un ejército romano, camino de la Galia, dirigiéndose hacia nosotros. Las sepias son moluscos, con la peculiaridad de que cuando abandonan la vida no dejan atrás un caracol o una concha, sino sus huesos, un objeto extraño, un poco calcáreo, de color blanco y de forma oval, que no es duro sino poroso y que antaño solía verse en las jaulas de los canarios. No como alimento, creo yo, sino para mantener afilados los picos de los cantores. Al parecer, para Montale, esos huesos de sepia eran el símbolo de su tierra, no sin razón. Un residuo calcáreo de la vida, el suelo rocoso, la frágil arenisca donde crecen cipreses y encinas, cactus y limoneros. En el interior, cerca del mar, hay viejas granjas, como aquella frente a la que nos encontrábamos aquel día de no sé qué año; el tiempo es siempre lo primero que se me escapa. El hombre de la gorra era un vendedor, y era quien más reía. De poco le sirvió, pues nadie le compró nada. Era el único italiano del grupo, y Heinz y yo los únicos holandeses; los demás eran ingleses. Ninguno de nosotros vivía en la ciudad de la costa, sino que teníamos nuestras casas en los pueblos antiguos y en las colinas de los alrededores. Ahora ha llegado el momento de describir la foto. Pero antes una advertencia: ¿cuándo se convierte algo en drama? Tal vez debiera recurrir a la antigua definición de obra dramática como la camisa de fuerza de las unidades de tiempo, lugar y acción. Si alguien espera eso, saldrá desengañado. Drama hay de sobra en esta historia, pero sin camisa de fuerza, y por consiguiente, sin arte. No hay culminación ni desenlace. Los últimos tres actores de este drama fueron Heinz, una paloma y la muerte. Yo me limité a observar, como hago siempre, y Molly se escondió entre bastidores. Pero los actores se tomaron su tiempo, hacía ya mucho que habían abandonado el texto y la sala se había quedado vacía. Todo se prolongó más de la cuenta. Heinz se quedó solo con su obra, al igual que Philip y Andrea, en la foto a ambos extremos de la fila, sin contar con el vendedor. No es algo fortuito, no es casualidad. Ahora recorro la imagen de izquierda a derecha. El vendedor, ese del gorro y la risa. Él puede irse. Después de él vienen los personajes que verdaderamente cuentan. *Non dramatis*. El primero es Andrea. Empezando por abajo: zapatos blancos de excursionista, un pantalón negro ceñido, una camiseta blanca larga, un abrigo corto de lana de rizo, una especie de astracán blanco, si es que existe tal cosa. Tal vez fuera de imitación, quién sabe. Ella es una de esas mujeres en la que lo artificial parece auténtico. Tiene el porte de una amazona, aunque puede que yo lo vea así porque sé que lo era. Estuve un tiempo enamorado de ella, lo intentamos pero no funcionó. Se alimentaba del tabloide *The Sun* y por lo demás sólo existían los caballos en su vida. Andrea no se creía que fuera eso precisamente lo que me atraía de ella. *In your secret heart you are an arrogant intellectual, you laugh about me*. Su afirmación era absolutamente falsa, pero no había manera de demostrárselo. ¿Has visto alguna vez a una mujer cabalgando por unas colinas a la caída de la tarde? El atavismo siempre vence a la prensa sensacionalista. Nobleza eslovena, aunque de esas cosas no habla un inglés. *Too ridiculous*. El padre de Andrea,

antisemita y gran aficionado a los caballos, huyó de Tito y se casó en Inglaterra con una mujer rica. Al lado de Andrea hay un vacío de dos metros, un par de sacos de trigo contra la pared y a continuación el navegante desconocido que estaba ahí casualmente aquel día. Tiene la expresión franca, amable. No lleva abrigo, está acostumbrado al frío del mar. Y luego Heinz, grande y orondo. Él es el motivo por el que he pretendido fingir que no conocía a ese grupo de gente. Quería comprobar si en esa imagen podía detectarse su futura destrucción, pero por mucho que miro, no hay nada que ver, ni ahora ni mucho menos dentro de cincuenta años. Ni siquiera me vale lo que ya sabía entonces. Un hombre grueso con un jersey negro de cuello vuelto, la chaqueta abierta, el pantalón astroso, zapatos inapropiados; todo lo contrario de su mujer Molly, que está, todavía, a su lado. Ella habla un inglés como el de Philip y Andrea, no el de Oxford, sino el relacionado con el mundo de los Jaguar, el críquet y los caballos y también con los tabloides de grandes titulares y carnes desnudas en la página tres. Pijos, nada de libros, con eso está todo dicho. Expatriados, aunque la patria no está a más de dos horas de vuelo y la lengua está en todas partes, al contrario que el fisco. Molly. Ella también lleva gafas de sol, de bordes blancos. Algunas mujeres inglesas no muestran nunca su verdadero rostro. *Tous les Anglais sont fous par nature ou par ton*, dijo Chateaubriand desde su tumba y eso vale también para las mujeres.

Un chal blanco suelto sobre los hombros, el cabello rubio dorado, un abrigo tres cuartos de paño escocés. La última vez que la vi era una anciana encorvada que caminaba por la carretera comarcal con un perrito. No me reconoció. Aquí en la foto estoy a su lado, una edición antigua de mi camaleónico yo. Para hacer la foto, mi mujer debió de subirse a la mesa alemana sobre la que estoy ahora acodado. De modo que era una fotógrafa, no un fotógrafo. Siguiendo la dirección de mi mirada gracias a las leyes de la perspectiva, puedo ver con exactitud dónde debieron de estar los pies de Andrea, en las rocas resbaladizas de color arenoso. Yo llevo una corbata, el nudo también suelto. Pese al tiempo transcurrido aún recuerdo cuál era, una verde a cuadritos escoceses. Durante nuestro viaje épico de la nada a la nada vamos dejando un rastro infinito de prendas de vestir. A veces las echo de menos, razón suficiente para no ponerme a mirar fotografías antiguas con demasiada frecuencia. A mi lado, Philip. Zapatos de ante, chaqueta guateada, el cabello blanco al viento, ya entonces. Tiene la voz de mando de su padre, quien en cierta ocasión me habló de todas las batallas que se perdió en la guerra. Montecassino, porque tras beber demasiada ginebra tropezó con una estaquilla de su tienda; El Alamein, porque sus *orderly* le despertaron demasiado tarde; en Jerusalén, porque le tocó el mando de un ejército femenino. Philip y Heinz se dedicaban juntos a la venta de terrenos y casas. Philip se divorció más adelante de Andrea por culpa de los caballos. *Only time for those goddam horses. Out in the morning at six. Never at home.*

Pero esta no es la historia de Philip y Andrea. Es la historia de Heinz.

Entre todos los puestos que asigna el Ministerio de Asuntos Exteriores, el de vicecónsul honorario debe de ser el de inferior categoría. *Honorario* quiere decir no retribuido y *vice* indica que probablemente exista alguien que no lleve *vice* antepuesto a su título. Pero en el caso de Heinz la cosa era diferente. No tenía a ningún superior encima de él, afortunadamente. Una ciudad portuaria en una zona turística con gran afluencia de holandeses debe tener un consulado. Los holandeses en el extranjero se mueren, son detenidos, sufren accidentes de tráfico, pierden su dinero o su pasaporte o ambos a la vez, y en tales casos el poderoso brazo de la autoridad nacional debe extenderse más allá de las fronteras para socorrer a los infortunados. A cambio de ello, al cónsul honorario, que por regla general es un hombre de negocios que apenas habla neerlandés, se le concede el derecho de exponer en la fachada de su casa el escudo de armas del reino, lo cual le confiere un gran prestigio en la comunidad local. Dos leones dorados, que se enseñan mutuamente las garras con las lenguas heráldicas asomando por las fauces abiertas, es algo bueno para el negocio, que suele ubicarse en el mismo inmueble. *Je maintiendrai*, reza el escudo largo y ovalado con letras también doradas, un lema que Heinz traducía como «Yo seguiré manteniendo», expresión esta que, junto con el conocimiento del francés, ha desaparecido del habla de las nuevas generaciones. *Maîtresses*, *maintenees*, vocablos todos ellos extinguidos, sustituidos por esa palabra devaluada «amiga». Eso no quiere decir que Heinz no tuviera una amante a la antigua usanza. Esa función la cumplía su secretaria Segismunda, una simpática mujer de cuarenta y ocho años, que en ocasiones se ponía a su disposición debajo de su mesa de despacho y cuya cabeza de caballo, según él la calificaba, le resultaba enternecedora. Heinz era un hombre de carácter alegre, rasgo este que no casaba en absoluto con su nombre compuesto, ni con el primero ni con el segundo. «Heinz Maximiliano, eso es lo que a uno le cae encima cuando tiene una madre austríaca», solía decir. «A punto estuvieron de ponerme Adolfo, me libré por los pelos.»

Vuelvo a la foto. Un carácter alegre. ¿Es eso cierto? ¿Y el Heinz melancólico? ¿Y el alcohólico?

Esa es precisamente la razón por la que todavía sigo pensando en él, esa combinación imposible de rasgos que configuraban su talante. Y a eso me refería cuando anuncié que esta historia carecería de desenlace. El desenlace está dado de antemano, puesto que no existe un nudo en el relato. Los alcohólicos beben hasta matarse. En el fondo del alma de Heinz habitaba la *melan cholè*, el fantasma de la bilis negra que le arrastraba irremediabilmente hacia el fin. El milagro es que mantuviera su alegría.

Todo empezó hará unos treinta años. Yo estaba con mi novia de entonces sentado en una terraza frente al puerto. Barcos de vela engalanados, una procesión en el mar, el pescador que la presidía, rodeado de otros pescadores, sosteniendo una imagen de la Virgen María, cantos y bocinazos, un papista vestido de oro a quien bendecían con incienso. Rituales paganos que seguramente ya se celebraban en aquel lugar mucho antes de Cristo, porque el mar suscita temores que hay que exorcizar y eso no puede hacerse sin sacerdotes. Mi novia y yo debíamos de estar charlando, pues de repente asomó entre nosotros una cara gorda y colorada que dijo: «Entiendo todo lo que decís». Al oír algo así, uno se pregunta de inmediato si no se le habrá escapado alguna inconveniencia. Heinz no tenía desde luego un aspecto muy atractivo en aquel primer encuentro, olía a ginebra y no se había afeitado, y a mí no me apetecía nada hablar con él, pero antes de que yo pudiera abrir la boca, él ya había llamado al camarero para hacerle un pedido «en nombre de la patria». ¿Por qué volvimos a vernos una segunda vez? ¿Y por qué continuamos viéndonos innumerables veces hasta aquel último encuentro en su terraza, un día tormentoso de lluvia gris? La respuesta, creo yo, hay que volver a buscarla en una fotografía. No en esta, sino en una que me enseñó Molly en cierta ocasión. Heinz en el día de su boda, el rostro no deformado aún por la bebida, un pirata, un bucanero, Clark Gable, un hombre con aspecto de aventurero, un libertino capaz de conseguir diez mujeres en cada mano porque todo él irradiaba libertad. Ese era el hombre del que Molly se había enamorado. Recuerdo que estuve un buen rato observando la fotografía. La palabra «bribón» ya no suele usarse, y menos para calificar a un hombre adulto, pero aquel hombre de la foto, grande, de buena planta, aquel hombre en un velero que sostenía una copa en una mano y el timón en la otra, era el antiguo espectro de Heinz Maximiliaan Schroeder, vicecónsul de Su Majestad, entonces aún en estado de gracia, la libido y el humor incólumes, todavía no alcanzado por el alcohol, un bribón, sí, y también, otra palabra de esas, un ingenuo, con un brillo de malicia en sus ojos brutalmente azules, *ein Mensch*, un ser humano en el sentido más completo del término. Por lo visto necesito recurrir a otros idiomas para describirle. Y entonces, ¿por qué trato de ocultar que aquel día en el puerto al ver por primera vez su cara colorada de borracho me recordó un cerdo? En el universo del bestiario abundan las formas híbridas: caballos con cabeza humana, aves con pecho de mujer, dioses egipcios con rostro animal, águilas con coronas humanas, el Minotauro y su pesada cabeza cornuda sostenida por ese cuerpo masculino que de pronto parece muy frágil. Es la época del pecado original, la difícil despedida del reino animal, el instante en que perdimos nuestra inocencia. Al parecer, por nostalgia de ese reino animal del que procedemos, los seres humanos hemos querido identificarnos con toda suerte de criaturas, al menos en parte, pero, que yo sepa, nunca con los cerdos, a no ser en caricaturas con ánimo de ofender.

Su truco más antiguo: invitarte a comer a su casa de campo frente al mar, en la terraza junto a la piscina. Con excursión en yate incluida. El yate de Heinz era una sencilla lancha motora, su casa de campo una antigua cabaña de pescadores encalada de blanco, su terraza un espacio de tres metros de longitud cubierto por un toldo de cañas, la piscina un bañito infantil construido en un rincón de la terraza cuyo borde no te llegaba ni a las rodillas y en el que apenas podías sentarte y menos aún nadar. En ese lugar recibía él a sus potenciales clientes. Muy pocos lograban disimular su perplejidad. Cuando aun así le preguntaban por la piscina, él señalaba hacia el mar. La cabaña estaba construida sobre unas rocas empinadas que daban a una cala. Parte de la diversión consistía en tirarse de cabeza al mar desde las rocas, no sin peligro, porque abajo asomaba más de una roca afilada. Heinz era un verdadero experto en eso. La primera vez que estuve en su casa hacía mala mar. Su plancha, que era como él llamaba a su lancha, flotaba en el mar revuelto tirando de las cuerdas con las que Heinz la había amarrado a dos ganchos oxidados sujetos en la roca. Nos había invitado a comer, a mi ex y a mí. Philip nos había recomendado regalarle una botella de whisky, de modo que le traje una. Lo que Philip no había mencionado es que la botella estaría vacía al final de la comida. Yo no bebo por las tardes y las mujeres se limitaron a tomar vino. Aquello no era una película, la vida cotidiana nunca lo es, pero a veces es necesario ver ciertos momentos de la vida diaria como escenas de una película. Estas adquieren entonces un brillo especial y es como si determinados fragmentos del diálogo hubieran sido escritos por un guionista mediocre aunque no carente de sentido del humor. El micrófono capta los fragmentos que no figuran en el guión. En aquel instante la cámara dio un giro para enfocar la isla rocosa que se divisaba a lo lejos, registró la cabeza de un nadador solitario que luchaba contra las olas y luego realizó un golpe de zoom sobre el rostro intensamente pálido de Molly justo en el momento que Heinz se refirió a ella como «esa gamba que sigue sin hablar ni una palabra de holandés». Me pareció más cerdo que la primera vez que le vi, pero mi transformación había comenzado ya. De ser verdad que existe un amor que nada tiene que ver con Eros y que Platón afirmó que el amor no se halla en el amado sino en el amante, entonces yo había empezado, ya entonces, a permitir que ese hombre, que se parecía cada vez más a una bacante, formara parte de... Sí, ¿de qué? Me apetece muy poco hablar de mí mismo, pero no me va a quedar más remedio que hacerlo. ¿Que formara parte de mi círculo de amigos íntimos? En realidad no lo tengo. Lo que tengo son algunas personas dispersas por el mundo, hombres y mujeres que constituyen, por así decirlo, la sal de mi vida. No es que me sirva de gran cosa esa metáfora semiculinaria, pero bueno. Me refiero a personas por las que estoy de duelo cuando mueren, pero también, y esa es la cuestión, antes del adiós definitivo, cuando aún me río con ellas. Gente vulnerable, idiotas heridos, mujeres que desafían su destino, caballeros de la triste figura, hombres rodeados por un aura de desventura. No quiero saber lo que eso dice de mí ni tampoco pretendo parecer un santo. Quizás se trate de compasión, pero también es posible que yo sea una mosca de estercolero atraída por el olor a muerto. Dios sabrá. A

lo mejor es que me siento más seguro cuando me hallo cerca de la tragedia anunciada de otra persona, porque así sé que esta al menos no me va a tocar a mí. A saber.

6

Película. El vicecónsul honorario se ha sentado en el bañito infantil. Está cantando. Una canción sin palabras. Su canción favorita. La oiré mil veces más a lo largo de los años. Recuerda el sonido de clarines con el que los heraldos anuncian la entrada solemne de los monarcas. La estoy escuchando en este momento, mientras escribo. La cabeza de cerdo deja de serlo, a través del whisky y las capas de grasa asoma el espectro de Clark Gable con vientre de Baco y un húmedo mechón de pelo balanceándose sobre su frente. Baco, Heinz y Clark están felices. Tal vez sea Heinz el único bebedor feliz que he conocido. Nunca nadie ha sabido ocultar mejor que él su *melan cholè*. De hecho tuvo que morirse antes de que esta asomara a la superficie. Yo ayudaba a Molly a fregar los platos, tambaleándome ligeramente. El whisky era caro pero el vino era malo, de supermercado, un vino de esos que no tarda en subírsete a la cabeza. Molly nos había preparado lengua de ternera y nos la presentó enrollada dentro de una sartén donde yacía rosada y de cuerpo presente bajo una gelatina de color ámbar moteada por una galaxia codificada de trocitos de limón y perejil. Su toque ligeramente ácido afecta el sabor del vino. «*La gamba* sabe cocinar», dijo Baco, «pero por lo demás es una inútil. No te preocupes, no entiende el holandés». Yo no estaba muy seguro de ello. El rostro inglés de su mujer mostraba un autodomínio absoluto, eso sí. Estaba entrenada, y además, aunque de eso no me enteraría hasta más adelante, también en el caso de ellos el amor residía en el que ama. *Elle se maintenait encore en beauté*. Otra vez Chateaubriand. Se refiere a lady Jersey, un nombre que no le habría quedado nada mal a Molly. Heinz y Molly tenían dos hijos, a los que mantenían internos en colegios ingleses, alejados de la anarquía paterna y de las ansiedades maternas. En vacaciones, los niños acudían al país de las maravillas de la libertad sin fronteras, andaban por ahí medio desnudos y soltaban tacos en holandés. El rostro de Molly, que nunca exponía al sol, se tornaba entonces de pergamino. Su único consuelo residía en su otra casa, situada en un gueto turístico de lujo, donde nunca invitaban a nadie, y en la iglesia anglicana, con sus himnos y un auténtico *vicar* inglés, que estaba en el centro de la ciudad y a la que acudía los domingos por la mañana. La radiación de la nostalgia le duraba un par de horas. A pesar de todo, Molly amaba a Heinz con el mismo ardor con el que en la primera guerra mundial los regimientos ingleses se toparon en Ieper con las ametralladoras alemanas. Sólo que no lo demostraba.

Sobre la vida amorosa de Molly y Heinz se discutía largo y tendido en los círculos ingleses. En el pasado debieron de protagonizar escenas pasionales, cuando Heinz era todavía Gable, una prehistoria indocumentada. Cuando yo los conocí, el malicioso

chismorreo inglés se interesaba sobre todo por la logística, por cómo se lo haría ella con un tipo con semejante barriga, *you might as well try an elephant*. Pero a pesar de todo y por muy increíble que resultara, cuando él salía a la pista de baile borracho como una cuba arrastraba consigo a un séquito de chicas. *Locos de natural o por darse tono*, ya lo dije antes. La respuesta a esas desagradables preguntas de la gente era sencilla, pensaba yo. Heinz era un hombre divertido, algo que no puede decirse de la mayoría de los hombres. Él lo formulaba en términos náuticos, algo que los ingleses no entendían. «He perdido la presión en mi timón», me confesó en cierta ocasión. «Quiero decir que no necesito ya nada y que no soy una carga para nadie. Bailar un poco es divertido. A las chicas las veo alguna vez, pero hago como si fueran cuadros. O anuncios publicitarios.» Pero eso no fue hasta más adelante.

7

Aquella primera tarde se convirtió en un modelo de todas las que siguieron. Hacia el final de la comida se acababa el whisky y llegaba el momento de la siesta. En la casa se creaba entonces un ambiente como el que se origina tras una batalla perdida, un sálvese quien pueda, la retirada de Moscú. Todo el mundo buscaba, literalmente, un refugio, dado que las posibilidades eran limitadas. El pequeño muro que separaba la terraza de las rocas era muy estrecho. En ese espacio se tumbaba Molly, entre dos de los palitos cuadrados que sostenían el toldo de caña. Yacía como una abadesa medieval en un mausoleo, sólo le faltaba el perrito con el escudo de armas a sus pies. Heinz por su parte desaparecía en el interior de la casa, donde le esperaba la cama de matrimonio o la cama adúltera, según el caso, en la que repantigarse. Los otros invitados solían retirarse a la playa más cercana, pero aquel primer día yo era el único. A mí me quedó el suelo de cemento entre la terraza y el váter.

Desde mi postura yaciente podía divisar los nuevos bloques de apartamentos que se alzaban en la colina. En cierta ocasión Heinz me enseñó una foto de treinta años atrás, Italia todavía envuelta en las prendas desgastadas del fascismo, la miseria, la reconstrucción vacilante del país. Como todavía no había llegado el milagro económico a Alemania, que aún tenía que recoger sus escombros, no existía turismo alemán. La colina no era sino una gran masa de roca cubierta de agallas, romero, euforbias, cardos y ajo silvestre y entre todo ello asomaba solitaria la cabaña de pescadores de Heinz, una construcción casi africana consistente en un solo arco de yeso blanco acabado en punta. La terraza junto a la cabaña había sido su contribución personal a los tiempos modernos. Ahora su antigua forma destacaba entre las monótonas construcciones nuevas como un recuerdo del pasado. Debí de dormirme, pues de repente me encontré a Heinz delante de mí enfundado en un bañador que le quedaba demasiado grande, el whisky aún en la mirada. La pregunta fue: «¿Sabes tirarte de cabeza?». De eso también existe una

fotografía, su salto fue espectacular. Eligió la roca más alta y me hizo ponerme a su lado. El agua agitada debajo de mí me pareció peligrosamente lejana, vi que asomaban rocas puntiagudas y no me atreví a lanzarme. Heinz permaneció de pie. «¡Baja un poco!», me ordenó. Y así quedó esa escena fijada en la foto, durante todos esos años. Él dos metros por encima de mí y yo debajo de él, a una altura que seguía pareciéndome terriblemente elevada, aunque sólo fuera porque no sabía cuán profunda era el agua que tenía debajo. «Lo suficientemente profunda.» Por si fuera poco, tenía que esquivar su barca y las cuerdas con las que estaba amarrada. «Eso lo hace cualquiera. Cuento hasta tres.» En la fotografía, los dos hombres que se tiran de cabeza se asemejan respectivamente a un atún y una caballa, mi sombra escuálida contrastando con su enorme cuerpo, ambos volando. Él se tiró con los puños cerrados, partió el agua en dos, y yo sentí como una ola me arrastraba. Heinz asomó a la superficie mucho más tarde que yo, su rostro de sátiro emergiendo del agua gris. Sin lugar a dudas, un hombre feliz. Pero lo peor estaba aún por venir, porque a continuación me obligó a subirme con él a la lancha motora. Lo que recuerdo de esa experiencia es el griterío exultante de Heinz cada vez que nos golpeábamos contra una ola, como si quisiéramos torturar el mar. En realidad el torturado era yo. La espuma de las olas que nos salpicaba me impedía ver. De vez en cuando la lancha motora se elevaba en el aire y volvía a rebotar con fuerza sobre el agua, que parecía de piedra. Yo era arrojado de un lado a otro, violentamente zarandeado, como si bailara el *cakewalk*, atrapado en una carrera suicida que no llevaba a ninguna parte en compañía de un loco vociferante que obviamente seguía borracho. Nunca más he querido repetir semejante experiencia, ni en los más plácidos días de verano con el mar en calma. Aquello me sirvió para saber quién era mi amigo, un *daredevil*, un temerario que no se arredra por nada, como si buscara el camino más corto para eludir esa otra carrera suicida que había ideado para sí mismo.

8

Él y yo. Ya veo que tendré que hablar de mí mismo y eso es algo que nunca me ha gustado mucho y que sigue sin gustarme. Con el paso del tiempo, vas descubriendo cosas acerca de tu persona que preferirías guardar para ti. No es posible. Pero tu sueño sería desaparecer con tu pequeño e insignificante secreto y cerrar la puerta tras de ti. Misión cumplida, sea cual sea. La vida, ¿alguien sabría decirme qué sentido tiene? Hace ya tiempo que he dejado de entender a los seres humanos. En cualquier caso, el último milenio ha supuesto un espectacular *striptease* para nuestra especie. Arrojadados del sistema solar, la tierra confinada al arrabal de la vía láctea, nuestras funciones cerebrales se han desarrollado de un modo tan extraordinario que lo sabemos todo acerca de lo que ignoramos. Dios y sus cómplices han muerto y nosotros nos hemos convertido en lacayos con nombres intercambiables al servicio de unas partículas invisibles, afanados

en malvender o destruir nuestro legado al tiempo que nos miramos en el espejo. Esto parece muy altisonante, lo sé, y estoy abierto a una teoría más agradable. Comoquiera que sea, me conformo con ello. Al menos por el momento.

Los Alpes han desaparecido hoy tras los velos de la lluvia. Los árboles son ya un poco más verdes que cuando empecé esta historia sin trama. La lluvia repiquetea sobre el tejado, un par de pájaros le responden con sus trinos, y yo me siento en armonía con el universo, aunque sólo sea porque aún existe. Eso parece contradecirse con lo que he dicho anteriormente, pero no es así. Además, los pájaros me reconcilian con todo. Hubo un tiempo en que me creí poeta, pero en realidad sólo lo soy cuando leo poesía. Lleva un tiempo descubrir eso. Mi primer poemario se anegó en la oleada de *los poetas de los años cincuenta*. No encontré mi vocación hasta un tiempo después: me convertí en el complemento indispensable de cada poeta, un lector. No abundan los lectores de poesía. Ser lector es un oficio, pero no me voy a detener en eso ahora. Yo vivo de la escritura. *No es la madera la que hace la cama*, dice Aristóteles y con ello quiere decir que hay que saber diferenciar las cosas. Y lleva razón, como siempre. Un carpintero no es un escultor, y yo soy un carpintero. Cada trimestre ensablo una revista costosa que sirve de insignia a uno de esos gigantescos bufetes con al menos diez nombres de fiscalistas y abogados que no leen la revista. Ignoro quiénes la leen, pero no será por el dinero que cuesta. Offset, los fotógrafos y diseñadores más caros, un par de magos serviles de la jurisprudencia, y luego mi especialidad, los Grandes Nombres. Ni uno de ellos suele decir jamás que no, su disponibilidad es inmediata. Dales a los cinco grandes de la literatura nacional un tema abstracto y un quintuplo de lo que reciben de los diarios *De Groene* y *NRC*, y se venden al mejor postor, eso es seguro. Con el sueldo que yo percibo, sin que ellos se den cuenta, compro sus obras maestras. Existen formas de felicidad que para otras personas no son obvias, una de ellas es el anonimato. Tal vez era eso lo que me atraía de Heinz. Él sabía algo de sí mismo que no le importaba, o mejor dicho, no le importaba él mismo. Esto último es gramaticalmente incorrecto, lo sé, pero refleja la realidad. En mi casa en Ámsterdam al otro lado del río Ij, me retiro a mi Tebaida como un anacoreta y leo. Y desde que Heinz me encontró una casa, viajo dos veces al año a Liguria. Ya lo dije, soy un hombre feliz.

9

Hechos de armas. Un incidente diplomático. El truco de las gafas. El miedo al embajador. El coche entre dos muros. Tollens. Shangri-La. Pescar. El frigorífico del supermercado. Holandeses. Y siga sumando. Heroísmo negativo, nada noble, nunca olvidado. El incidente diplomático fue ejemplar, entre otras razones por la manera en que se resolvió. En el fondo de su corazón, Heinz se sentía bastante orgulloso de su peculiar

título, sobre todo cuando le invitaban junto con otros «diplomáticos» a algún acto oficial. Esos otros, el *cuero diplomático*, se componía de un pequeño grupo de cónsules honorarios, un inglés rancio, un español con cinco apellidos, un americano jubilado que asistía por divertirse, un francés que representaba a una compañía marítima y un alemán que, al igual que Heinz, se dedicaba al negocio inmobiliario. Una de las reuniones anuales se celebraba a bordo de una fragata de la marina italiana, desde donde cada mes de septiembre arrojaban al mar una corona de flores con motivo de cierta gesta heroica que había tenido lugar frente a la costa y que había costado la vida a un par de marineros. De ahí la corona de flores y de ahí el almirante, cada año el mismo, cuya función era más decorativa que otra cosa. El sacrificio, la patria, la paz, la reconciliación, y finalmente la corona de flores, que flotaba durante un breve instante en el mar y que luego se hundía poco a poco debido al metal con el que estaba trenzada. Después se alzaban las copas para brindar. Era septiembre, lo cual significaba que los italianos seguían llevando sus uniformes blancos sobre los que lucían sus medallas. La historia me la contó alguien que participó en el acto. Que Heinz estuviera borracho no le importaba a nadie, pues al cabo de un rato lo estaban todos. Prosecco, arneis, barolo, vinsanto, grappa. La cuestión es que en cierto momento, tal vez debido a aquel resplandor blanco o a que ambos hombres habían sido buceadores y practicantes de vela, Heinz agarró la fuente con los penne all'arrabiata y la volcó sobre la cabeza del almirante al grito de: «¡Basta la pasta!». Se hizo un breve silencio. En su estupor alcohólico, los demás vieron como el almirante, de repente pálido, se ponía en pie y le declaraba la guerra a los Países Bajos. Al mismo tiempo agarró con una mano a Heinz, lo atrajo hacia sí y le plantó un beso en las mejillas, con lo que ambos quedaron pringados de salsa roja. Incidente zanjado, más grappa. Yo no estuve allí, pero me imaginaba la cara que debió de poner Heinz. Sabía muy bien cómo era cuando estaba borracho. Su mirada insolente, provocadora, irradiaba ese secreto placer que procura la transgresión y el peligro que esta comporta. El truco de las gafas vino años después, al iniciarse la época del delirio, del paso vacilante y las manos temblorosas.

Cada cierto tiempo Heinz tenía que ir a Holanda, país del que sabía y comprendía cada vez menos. Hacía el trayecto de un tirón en su coche hasta llegar a un pequeño hotel en las inmediaciones de Macon. «Me agarro al volante y ya está», solía decir cuando se refería a su viaje. «Ningún problema, el coche circula solo. Hotel Pobre y Honesto.» Ahí le conocían a él y a su truco recurrente. Dado que le temblaban mucho las manos y le costaba firmar, en la recepción del hotel solía decir que tenía las gafas dentro de la maleta y que necesitaba ir a la habitación a buscarlas, pues sabía que en la habitación había un minibar. Se bebía rápidamente dos botellitas de lo que fuera, whisky o coñac, se peinaba, bajaba a firmar y luego hacía una incursión en el pueblo para tomarse una copa de verdad. El resto de sus historias eran todas del mismo género, episodios hilarantes de una tristeza estructurada. Y cada vez le costaba más mantenerse en pie.

La visita a la embajada de Roma solía ser un desastre por la misma razón. Se tomaba un trago antes de entrar para dominar su temblor de manos. «Es que, si no, pensarán que tengo párkinson, y entonces adiós muy buenas. Y necesito el escudo. Sería el fin de la confianza.»

10

¿Cómo llegó Heinz a la costa italiana? Traído por el viento. Nunca hizo nada derecho en su vida, ni siquiera terminó sus estudios. «Yo sólo sabía navegar a vela.» De modo que hizo de ello su profesión. Llevaba barcos de Ámsterdam y Hamburgo al Mediterráneo. En realidad vivía como un rey. «Navegar y bucear, no sabía hacer otra cosa. Llegué y me quedé. Un trabajito de invierno. Un petrolero de Onassis que tenía que ser examinado por un buzo. En invierno no se navega a vela. Estuve un tiempo dando vueltas por aquí. Todos los días metido en el gran café. A este sitio lo llaman ciudad pero en realidad es un pueblo grande. En el gran café se reunían unos cuantos viejos. Eran muy bajitos y parecía gente muy sencilla. Solía invitarlos a un café. Sí, muchas gracias. Hablaban un dialecto. Hasta que unos cuantos meses después el dueño del café dijo: *Signore Cheintz, questi signori sono tutti milionarii*. En aquel café se reunían los grandes latifundistas de la zona. Así fue como empezó mi vida por aquí. Más tarde llegaron los alemanes y los ingleses, pero yo conocía a los viejos. Yo para ellos soy Cheintz. Me prefieren a todos esos canallas ingleses. Yo sé cómo se llaman sus hijos y quiénes son los propietarios de las tierras.»

11

Pero había además otra razón, que tenía que ver con esos niños cuyos nombres él conocía, aunque Heinz no hablaba de ello. Fue Philip quien sacó un día el tema a colación. Por la manera en que se refirió a ello era como si lo que contaba hubiera tenido lugar en un pasado muy remoto, una época prehistórica, cuando aún no existía la escritura y era imposible fijar las fechas con exactitud. Las criaturas que vivieron en esa época eran como los seres fantásticos que pueblan las leyendas y los cuentos, tal vez nunca existieron de verdad. Heinz no llegó solo a Liguria. Esa frase fue adquiriendo un ruido de fondo que no pertenecía a la voz de Philip. Era como si afinara un viejo instrumento que llevara años sin usar. Como si ajustara el tono, mejor dicho. Heinz había llegado acompañado de una persona que vivió en su casa, y esa persona era Arielle. Por la manera en que Philip pronunció ese nombre supe enseguida que Arielle había muerto y que su muerte había sido trágica. Leo demasiada literatura, ya lo digo yo. Nadie consigue sorprenderme. Una luz, eso es lo que había sido Arielle. Mientras Philip hablaba de ella,

comprendí que la luz no se había apagado. Ella no era una mujer para Heinz, fue una historia imposible. En realidad quiso decir que no había podido ser. Un hada, una figura luminosa. Eso no lo dijo, pero yo la vi así. Era imposible que Arielle se hubiera matado en las rocas, porque las criaturas transparentes no mueren. Había sido profesora de dibujo para niños y hacía retratos de niños.

Mucha gente de por aquí hizo enmarcar esos retratos y aún los tiene colgados en sus casas.

Al funeral acudió todo el mundo, la región entera. La gente vestía de negro, a la antigua usanza. Nadie entendió qué le pasaba a Heinz. Se había vuelto de piedra. Preguntó a todos si tenían alguna fotografía de ella. Las quería todas. Nadie tuvo el valor de negárselas. Años después, Philip se atrevió a preguntarle qué había hecho con esas fotografías y Heinz señaló el mar.

12

¿Acaso fue ella? ¿Fue esa figura luminosa la que estuvo a su lado durante las semanas previas a su muerte? ¿Estuvo también presente aquel día aciago mientras surcaba conmigo el mar a toda velocidad? ¿O cuando Molly dio a luz a sus hijos? ¿Estuvo Arielle siempre presente? ¿También cuando se despertaba borracho de la siesta y miraba sorprendido a su alrededor como si no hubiera visto jamás el mundo o hubiera preferido no volver a verlo? «En cuanto cierras el ojo, se te echa encima el oso», esa era su frase favorita, que le encantaba repetir, y la única manera de librarse del oso era lanzándose al agua. ¿Es esta una conclusión demasiado fácil? Seguramente. ¿De qué medios disponemos en realidad para penetrar en la vida de otra persona, para descifrar sus secretos, descubrir sus pensamientos, mirar detrás de sus máscaras? Nada más que de la miseria heredada de las malas películas y de las novelas mediocres, de los tópicos psicológicos de las revistas, sofás imaginarios en los que jamás quisiéramos tumbarnos, espejos en los que no se refleja ninguna verdad porque la mentira es siempre más fuerte. ¿Mentía Heinz al no decir nunca nada? ¿Bebía porque no dejaba de mentir? ¿Acaso tuvo una cita siempre aplazada con la muerte y se sintió aliviado cuando esta por fin llegó?

«Aquí toca reír.» Heinz solía decir eso con frecuencia, y llevaba razón. Aquí toca reír, a carcajadas y a la manera homérica. Yo lo formulé siempre con algo más de estilo. Le añadí una palabra. Aquí toca reír, imbécil.

«Aléjate de mí.» Pero eso no lo dijo él.

13

Arielle. Durante un tiempo me rondó por la cabeza el nombre de esa mujer. Sólo una

vez me atreví a aludir a ella veladamente preguntándole a Heinz algo así como que cuánto tiempo hacía que estaba con Molly, pero él se percató enseguida de mis intenciones y se volvió de piedra, como decía Philip, se puso a la defensiva. En otra ocasión pregunté por ella a Philip. Él, más que volverse de piedra, se tornó opaco. No, no recordaba cuándo había sucedido exactamente. Arielle desapareció del todo, dijo él, como sólo es capaz de desaparecer alguien de quien nunca has sabido nada. Heinz llegó al pueblo con ella, pero nunca la hizo *circular* por ahí, algo así dijo Philip. Me llamó la atención que usara ese verbo porque era una forma muy extraña de referirse a ella —a fin de cuentas *circular* no rige complemento directo—, y además parecía sugerir un reproche póstumo. Heinz se guardó a Arielle para sí. En realidad ellos apenas llegaron a conocerla y eso hizo que la historia les impresionara aún más.

Arielle fue una quimera. Philip la describió como una especie de epifanía, una luz fugaz que ilumina las tinieblas y se desvanece en cuanto la ves. Y más adelante se desvaneció de verdad, hasta tal extremo que parecía que no hubiera estado nunca con ellos. Cuando pregunté por su voz, Philip se mostró reticente. Estaba claro que me había excedido. «¿Voz? ¿Su voz? ¿Quieres que me acuerde de eso ahora?»

Le leí los pensamientos. Por qué querrá saber alguien qué voz tuvo una mujer que murió hace ya tanto tiempo. Había un cierto toque morboso en la pregunta. A Philip le apetecía cada vez menos hablarme de ella, pero logré sonsacarle que asistió a su entierro.

La enterraron en el pueblo de al lado, donde vivía Heinz entonces. Fin de la conversación. Desde luego era una historia para el club de críquet. Esos holandeses están todos majaras. ¿Sabes qué me preguntó ese imbécil? Que qué voz tenía. Y también me preguntó por su tumba, quería saber dónde estaba enterrada. Heinz está loco, pero sus amigos están aún peor.

La tumba. A mi vida nunca le falta la poesía. No sé cómo se las apañan los demás. Aquel día yo había leído a Montale, que siempre llevo conmigo cuando estoy en Liguria. *Huesos de sepia*, un poemario que discurre en ese pueblo. No sé si puede decirse así. ¿Un poemario discurre? Hacía un sol de justicia. Alguien me indicó el camino. Pasé por delante de la iglesia y enfilé una larga avenida con cipreses. *Mira las formas que adopta la vida cuando se disgrega*, dice uno de los poemas del libro, y el poema que le precede describe lo que hago ahora. La poesía, por muy oscura que sea, es siempre literal. Para mí al menos siempre lo es.

Yo soy el lector, soy el que decido. *Y caminando bajo el sol que deslumbra/sentir con triste maravilla/cómo toda la vida y su fatiga/consiste en este caminar tras una muralla/que tiene encima trozos afilados de botella*. Detrás de ese muro hay olmos, un vago perfume de rosas, el silencio de los muertos. Estaba solo en aquel cementerio, no había nadie a quien preguntar, pero la encontré enseguida. Alguien había depositado flores frescas sobre su tumba. No podía ser Heinz, de eso estaba seguro. Si arrojas al mar todas las fotografías de una mujer, no visitas su tumba. Una lápida pequeña, pocas palabras. *Arielle van de Lugt, dos suspiros de una voz sin sonido*. 1940-1962.

¿Has desaparecido verdaderamente cuando alguien continúa depositando flores sobre tu tumba cuarenta años después de tu muerte? *Mira las formas que adopta la vida cuando se disgrega.*

14

Antes de las diez de la mañana era inútil buscar a Heinz. Más tarde se le podía encontrar en su oficina o en el Bar Liguria, el bar de Amleto. Hamlet no es un nombre muy común en Italia, pero cuando le preguntabas a Amleto por el origen de su nombre señalaba un retrato colgado encima de la barra del bar de un rostro grueso sobre un alzacuello. Entre la barbilla y la base del cuello asomaba una monumental papada, una extensa y consistente cenefa de carne. Amleto, el cardenal Ottaviani. «Mi padre no sabía quién era Hamlet, pero era muy clerical, eso sí. Él siempre quiso que me hiciera cura.»

Amleto cubría la mitad de su facturación con las consumiciones de Heinz. Siempre que me encontraba en las inmediaciones me llegaba hasta Liguria para visitar a mi amigo. Decidí no mencionarle mi visita a la tumba. Heinz estaba sentado a la barra del bar detrás de un gran Campari. «Mi desayuno, mi pan diario. Lo inventó un holandés. Cuando se lo digo a la gente de aquí, se mosquean. Me refiero a Adriano VI, el último papa extranjero antes del polaco aquel, ya sabes. Adriano era de Kampen y solía llevar consigo su propio biter, el Campari.» A pesar de sus bromas, Heinz no estaba muy animado aquel día. Acababa de ahogarse un ciudadano holandés en la bahía y no lograba ponerse en contacto con su familia. «Nadie lleva consigo sus documentos cuando sale a nadar en el mar y en la playa no había más que un canasto con una toalla. De momento lo he depositado en el congelador del supermercado. Normalmente la familia se niega a acudir, y, cuando no hay un seguro que lo cubra, la gente prefiere que no le devuelvan el muerto. De modo que me lo quedo yo. El Ministerio de Asuntos Exteriores te concede un extra para ese tipo de situaciones, aunque no es algo muy agradable que digamos. Acompáñame mañana. Me verás trabajar.»

En efecto, no fue agradable. Un coche fúnebre con un conductor sin afeitado. «Este trabajito suele aportarme una buena pasta, nos la repartiremos.» Yo era el testigo obligatorio. «Si no te tuviera a ti, tendría que contratar a uno.» Seguimos el furgón negro, un Honda abollado, en el Fiat de Heinz, igual de abollado. «La semana pasada, mientras volvía de la discoteca, me detuvieron. Eh, Signore Cheintz, su casa está en la dirección contraria. Tuve que girar y no me salió muy bien. Me di contra un muro que habían levantado allí a propósito aquella noche. Y aquellos tipos se hartaron de reír. Pero no me hicieron soplar. Me libré de milagro.»

El ciudadano holandés resultó ser un veterinario, sin mujer, sin hijos. No tenía más que un solo amigo, ilocalizable, y parientes lejanos. Además, al parecer siempre había dicho que le dejaran donde se cayera muerto. Enviaron una corona de flores de lo más

pobretona, aunque puesta al lado de la del Ministerio y de la mía no quedó del todo mal. Caminamos tras el féretro. Empezaba a apretar el calor, Heinz sudaba. En las colinas el mes más duro no es abril sino agosto, a pesar de la cercanía del mar. Dos operarios, con un cigarrillo en la boca, estaban trabajando en una tumba abierta, y al vernos depositaron en el suelo la calavera envuelta en un trapo que sujetaban en las manos. Heinz les saludó. Dos sepultureros con su Yorick entre las manos y en los ojos el brillo de la propina o de la copa que estaban a punto de ganarse. Había que abrir el féretro. Heinz apartó el plástico transparente. «¡Mira!» Miré. Unos cincuenta años, calvo, el gesto adusto. Una expresión de enojo en la cara, como si la muerte le hubiera sorprendido en un momento inoportuno. El espectáculo no duró más de un segundo. A una señal de Heinz los hombres empezaron a deslizar el féretro en el nicho. Y entonces pensé que mi amigo no sabía que aquella misma semana yo había visitado la tumba de su mujer.

«Descansa en paz.» ¿Seguro que le oí pronunciar esas palabras? Me lo quedé mirando. En su cara vi su habitual expresión provocativa. «No lo digo yo. Lo dice el Estado de los Países Bajos. Aquí podrá yacer diez años, hasta que se agote el plazo del alquiler. Entonces habrá desaparecido por completo. Lo que luego hagan con él, ni idea. Pregúntaselo a esos dos. Triturarlo, incinerarlo. Tal vez sirva de fertilizante. Nunca lo he preguntado. Es raro, ¿verdad?» Lo que quiso decir con esto último, no lo sé. ¿Era raro lo que harían con ese cuerpo descompuesto? ¿Era raro que una vida acabara de esa manera? ¿O era raro enterrar a un muerto a quien no conoces y a quien nadie viene a despedir? Pensé que la tumba de su mujer no había sido desalojada y que por tanto alguien seguía haciéndose cargo del alquiler.

Pero ¿cómo hablar de eso con quien no sabe que tú sabes que existe esa tumba? Liguria, Amleto sin Yoricks, una comida en el puerto, luego a casa, bucear, whisky, cantos, risas. Un cónsul alegre, sin lugar a dudas. Ha hecho su trabajo, ha cumplido con su deber. Ha depositado a un compatriota en un nicho.

15

¿Desenlace? No existe. Esta es la vida real, sin nudo ni desenlace. El alcohol actúa, trabaja, devora, ataca. Los expedientes médicos son también novelas. Crónicas de guerra. Un hígado es capaz de soportar mucho, pero no todo. No puede con la guerra de trincheras, con los paracaidistas detrás de las líneas, con una permanente *guerra relámpago*. Aquel último verano, antes de mi partida, Heinz había dejado de fumar. Las citas pueden aplazarse. Las rocas que rodeaban su cabaña de pescador estaban infestadas de boquillas de plástico de aquellos horribles puritos que me encargaba traerle de Holanda. *Eche a sus invitados de casa con Wipro*. De un día para otro: ¡zas!, arrojó su caja de puros llena a la barbacoa, nicotina carbonizada. «¿Qué dices? Es una cuestión de fuerza de voluntad. Simplemente hay que decidirse.» Pero la otra decisión no fue capaz

de tomarla. A ratos sí, pero sin mucha convicción. «No quiero más copas, sólo un poco de vino rosado.» Un poco quería decir seis botellas. Eso para él no es nada, decía Molly. «Es como la limonada, inofensiva, pero no te coloca nada.» Las primeras noticias acerca de su salud llegaron en otoño. Le llamé por teléfono. «No, no estoy bien. Se me han adelantado.» No mencionó quiénes se le habían adelantado, pero era como si los conociera desde hacía tiempo. *En cuanto cierras el ojo, se te echa encima el oso.* Llamé a Philip. Percibí cómo se encogía de hombros al otro lado de la línea telefónica. «Se lo ha estado currando toda la vida, ¿no?»

Heinz se fue a Holanda. «Tengo que resolver algunos asuntos.» No, no se convirtió en un espectro de sí mismo. Externamente seguía siendo el mismo, aunque diferente. El proceso se desarrollaba en el interior de su inmenso corpachón. Nunca le había visto en el norte y me pareció un completo extraño. En lugar de su camisa tropical, vestía un blazer desgastado con botones de cobre, del club de golf de Laren o algo así, que se le había quedado pequeño hacía tiempo. Parecía de otra época. Llevaba un extraño blasón sobre el bolsillo superior. Pero lo peor era su cara. Sus dientes eran el doble de grandes y el blanco de sus ojos se había tornado amarillo como su piel. Sólo su risa había permanecido intacta. Habituada al aire libre, resultaba demasiado sonora para un café amsterdams. «A mí ponme un agua mineral.» Me comentó que había descubierto que su seguro no le cubría. «No realmente.» ¿Qué quieres decir con que no realmente?

«Bueno, que no me cubre. Honorario, ¿comprendes?» Un amigo mío, médico internista, se avino a visitarlo. Resultado: si se queda en el país, tiene una pequeña posibilidad, más no. En realidad, si quieres que te sea franco, no tiene ninguna posibilidad.

«Esto va a ser un calvario.»

«¿Se lo has dicho?»

«No, pero ha captado el mensaje. Reaccionó como si ya lo supiera. O se quedan perplejos o lo saben. En cualquier caso, me dijo que no quería quedarse en el país.»

16

Heinz quiso regresar a su terraza. «Quiero ver un poquito el mar.» La noche antes de su partida se pasó por mi casa. «Vives como un rey. Te lo has montado bien. ¿Qué es eso?»

Era una fotografía de Tonga. Me preguntó que a qué fui ahí. A escribir un artículo para mi revista. Sobre la llamada línea internacional de cambio de fecha. El tema le interesó. «Claro, en algún lugar tiene que estar ese límite. Nunca se me había ocurrido pensar en ello.»

«¿Significa eso que si en Tonga retrocedes un paso regresas al ayer?» Dependerá de dónde te encuentres. Y si luego das un paso adelante estás en el mañana. Le pareció algo

muy curioso, quería experimentarlo. En medio de mi sala de estar, con su gran corpachón, Heinz fijó la mirada en un lugar que sólo veía él y dio un paso. «¡Ayer! ¿Y la gente en Tonga no está de los nervios?» Descolgó la foto de la pared y la miró con atención. Palmeras, casitas de madera encaladas, un par de barcas de pescador en un pequeño puerto. «Quiero ir a Tonga.» Al cabo de una semana me llamó para decirme que en Tonga tenían un rey. «Seguro que ya lo sabías.» Desde aquel momento Tonga se convirtió en único tema de todas nuestras conversaciones. «En cuanto venda un par de casas haré un viaje a Tonga.» Ni una palabra acerca de su enfermedad. «Voy tirando. ¿Sabes que el rey de Tonga pesa aproximadamente una tonelada? Y también hay aristocracia en esa isla. La madre del rey había sido muy famosa, era una mujer gigante. Queen Salote. Su hijo heredó su altura pero en horizontal.» «¿Y Molly?» «Molly se fue a Inglaterra a visitar a los hijos.» «¿Y tú cuando piensas ir a verme? Octubre es un mes precioso en Italia. Podremos bucear.»

Las noticias reales me llegaban de Philip. Que Heinz estaba fatal. Que Molly había huido. Que él se pasaba el día mirando el mar y se negaba a someterse a cualquier tipo de tratamiento.

No recibía apenas visitas. A la gente le daba apuro verle. No hace más que decir tonterías sobre Tonga, para mí que se le ha ido un poco la cabeza. Ve tú mismo a visitarle, si te atreves. En el mundo real, yo estaba muy ocupado con la redacción de un artículo pues se acercaba la fecha límite de entrega. La palabra *deadline* adquirió en aquel contexto una extraña connotación. Lo del «mundo real» no es más que una forma de hablar, pero también la palabra «real» adquirió un matiz diferente teniendo en cuenta los últimos planes de Heinz. Estaba empeñado en cultivar el campo en Tonga. «En Europa te conceden subvenciones para eso. En Tonga todo crece que da gusto, como las coles. Estoy convencido de que es un negocio. Comida sana. Col y pescado, más no necesita uno.»

Col en Tonga. Yo estoy hecho de letras, siempre acuden a mí de manera espontánea. Montaigne: *Quiero que la muerte me encuentre plantando coles... pero indiferente a ella.* En francés la muerte es femenina, eso a Heinz le habría gustado. Tal vez fue él quien era indiferente a la muerte. No nos habló de ella. Él tenía su Tonga.

17

Cuando al fin pude viajar era ya noviembre. Soplaban un fuerte viento, el avión aterrizó con dificultad. No encontré a Heinz por ninguna parte, ni en el consulado ni en Liguria. Amleto estaba sinceramente afectado, se le notaba. «¡El jodido ese! ¡No quiere nada! ¡Nada! Le hemos propuesto pagar la factura del médico, ¡y nada! Hemos reunido el dinero entre unos cuantos amigos, pero él hace ver que no sabe de qué hablamos. ¡Él se va a Tonga! ¡Sí! En un ataúd irá a Tonga. ¡El muy jodido! ¡La madre que lo parió!

¡Mierda!» Y continuó echando por la boca toda una ristra de repertorio fecal mediterráneo, como si pudiera salvar a su amigo cubriéndolo de mierda. El vicedcónsul honorario de Su Majestad estaba sentado en su terraza. Hacía muy mala mar, era imposible bañarse. Heinz me saludó como si me acabara de ver quince minutos antes. Su voz salía de una máscara mortuoria. Comprendí por qué se asustaban sus amigos. Era su voz de siempre en un cuerpo de nunca más. Eso impresiona. El mar, nunca lo había visto tan gris, batía contra las rocas. Como aquel día con la lancha motora. El mar agitado entraba y salía con fuerza de la pequeña cueva que había debajo de la casita de Heinz, como un gran soplo seguido de una aspiración, un gigante invisible mascando y escupiendo, la naturaleza tocando simultáneamente cien órganos. Yo miraba el vaivén de las grandes olas grises, rodaban hacia nosotros y luego se retiraban formando un enorme hueco que un instante después volvía a llenarse de una masa de agua gris. Al principio el bramido del agua me impidió oír que Heinz cantaba. Con su canto acompañaba al viento, aunque más que un canto eran gritos de júbilo. Se me quedó mirando con su mirada de siempre. No le hacía falta leer a Montaigne. Él era indiferente a las amenazas, vinieran de donde vinieran. Estaba feliz, o al menos daba esa impresión. Fue entonces cuando vi la paloma. Pequeña y gris, con las plumas revueltas, acurrucada en un rinconcito de la terraza. Recordé que Philip había hecho algún comentario a propósito de la paloma. «Se pasa todo el santo día ahí sentado con esa estúpida paloma. Las palomas no tienen nada que ver con el mar. Nunca había visto yo una paloma en esa zona. Ni tampoco cuervos. Esos son forasteros ahí. Si al menos fuera una gaviota. O mejor aún, un albatros. ¿No son estos los que anuncian el final de la carrera?» La paloma tenía las plumas revueltas. Podría ser por el viento. Pero en su caso era como si alguien se las hubiera acariciado a contrapelo, las tenía medio erguidas, como si estuviera tiritando. Heinz se percató de que me había fijado en ella. «Es mi dama de compañía. Viene a visitarme a diario desde que regresé de Holanda. Es un animalito extraño. Tiene ojos humanos.» Miré la paloma. Esta me devolvió la mirada. Nunca sé qué veo en los ojos de los animales. O mejor dicho, sé que veo algo con lo que no logro comunicarme. Uno puede mirar una canica o el universo, pero no podrá hacer nada con ellos. Cualesquiera que sean los sentimientos del animal, tú nada tienes que ver con ellos. Inténtalo en un parque zoológico, con los leones, los monos, las lechuzas. Puedes mirar el rato que quieras, no recibirás nada a cambio. Heinz sí. «Charlamos mucho la paloma y yo.» E inmediatamente después: «Tengo que enseñarte una cosa». Advertí que le costaba levantarse. Entró en la casa arrastrando los pies. Una ráfaga de viento hizo volar un gran mapa que había sobre la mesa. Tonga. «No te me escapes. Quédate aquí.» Heinz depositó el mapa sobre la mesa y lo alisó con la mano. Miramos el archipiélago. Tongatapu. Toku. Tafali. Ciento setenta y una islas perdidas en el infinito azul del océano. Heinz canturreaba. «Estoy deseando ir.» Me quedé un par de días en su casa, luego tuve que marcharme. Cuando fui a despedirme de él, la paloma estaba en el borde de la terraza, en el mismo lugar donde Molly solía echarse a dormir la siesta. «Le dije a Molly que se quedara en Inglaterra. La

tramontana la pone siempre muy nerviosa. Llega con mucha agua salada. Y trae mucha humedad, eso a ella no le gusta. Ahora yo vivo aquí solo, como antes. La casa la he puesto en alquiler. Soy un gitano, ¿verdad?» No me siguió con la mirada cuando salí por la puerta. De lejos aún pude verle sentado bajo la luz todavía intensa del sol, la sombra de un hombre junto a la sombra de una paloma. Poco tiempo después vino una ambulancia a llevárselo y lo trasladaron en avión a Inglaterra.

Andrea me dio el número de teléfono del hospital donde Heinz estaba ingresado, un lugar en la costa cerca de la casa de la madre de Molly. Le llamé una sola vez. «Si salgo de aquí, me iré a Tonga. Te enviaré una postal.» Unos diez días después de que todo hubiera pasado, Molly nos comunicó que Heinz había sido enterrado en la intimidad en el cementerio de su pueblo. Al fin lo tenía para ella sola. Me imaginé cómo habría sido la ceremonia. Un vicario, himnos, o cómo un holandés indómito se convierte en un muerto inglés. Philip me contó que la paloma siguió apareciendo a diario durante un tiempo hasta que de repente desapareció. Molly se quedó en Inglaterra. Andrea vació la casita. Había un desorden terrible, era como una especie de cueva de ladrones. No, no encontraron ningún mapa de Tonga.

18

Durante un par de veranos dejé de ir a Liguria. No lograba decidir si mantener mi casa o venderla. Philip me encontraba inquilinos cada temporada. Andrea se ocupaba de airear la casa en invierno para evitar humedades. Comoquiera que fuese, no sé si por la muerte de Heinz o no, yo me quedaba al otro lado de los Alpes. No regresé a Liguria hasta unos cinco años después. Al cabo de un par de días, Andrea me propuso salir a montar a caballo. Yo no soy ningún jinete, ella lo sabía. «Te he elegido un caballo muy dócil.» Hablamos de Heinz y de Molly, claro está. «Molly envejece con plena entrega. Lo hace lo mejor que puede. En realidad interpreta un papel típico de comedia que existe hace ya un par de siglos. Una señora mayor inglesa en Italia.» Andrea frenó su caballo. Cabalgábamos por una pista que discurría por encima del pueblo, arriba en la montaña. Desde ahí se divisa el mar y la cala donde está la casita de Heinz. También aquel día hacía mala mar. Andrea se volvió hacia mí. Bajo su gorra de terciopelo, su cara morena tenía una expresión seria. También ella había envejecido, pero sin entrega. Cada domingo montaba a caballo.

«Heinz quiso morir solo, así de sencillo. No necesitaba nuestra compañía en aquel trance. Él lo supo siempre, desde Arielle.» Volvió su caballo hacia mí, para poder verme mejor. «Nadie comprendió nunca lo que Arielle significó para él. Una telaraña. Sé que suena extraño, pero es así. Ella era una criatura casi intangible. Era etérea, por decirlo de alguna manera, o translúcida. Aunque telaraña la define mejor. Y eso a los hombres los excitaba. A Philip el primero. Y por esa razón Heinz la quería exclusivamente para sí.»

He regresado al otro lado de los Alpes, donde he contado esta historia. Vuelvo a mirar la fotografía. El perro, el agente inmobiliario, Andrea, Philip, Heinz, nadie se ha movido. Ahí están todos, congelados en el tiempo. En cuanto se muevan contarán mi historia.

Me fijo en el rostro de Heinz, y me gustaría descubrir en él algo de lo que acabo de contar. Pero no se ve nada. El alcohol, la risa, la paloma, la muerte, Tonga, todo eso está ahí porque existió, porque yo lo sé, pero nadie más puede verlo. En la fotografía no se aprecia nada. Si uno encontrara esa foto en algún lugar y no conociera a los retratados, todos conservarían su misterio. Mientras no hablen, sus ojos son los ojos de los animales, impenetrables. Y cuando alguien me miré a mí, ¿qué verá? Lo mismo. Nada. O una interpretación que no responde a la realidad, sea cual sea. Quien mire la foto podría decir algo acerca de la edad de los retratados, de la ropa que llevan, de la moda y por tanto de la época, incluso podría decir algo del carácter de esas personas, pero todo cuanto diga no será sino una hipótesis, una conjetura. Literatura, si acaso, ficción. Somos nuestros secretos, y, en el mejor de los casos, nos los llevamos adonde nadie puede alcanzarlos.

Finales de septiembre

Suzy no pesa más de cuarenta y ocho kilos, así que será mejor que no sople mucho viento en la calle ancha que lleva al mar. Los tamarindos, pinos y ficus se agitan y crujen. «Stay de course», murmura Suzy, y adelantando su frágil hombro derecho, desafía las rachas de viento procedentes del mar y del interior. *Stay de course*, eso solía decir el vicealmirante. Ella lo había cuidado durante sus últimos años de vida. Eso fue después de la muerte de su mujer, Annabelle, que había sido amiga suya desde el colegio. Después del entierro, al cabo de pocos días, Suzy la sustituyó en la mesa y en la cama, como si fuera lo más natural del mundo. Depositaron a Annabelle en el nicho del cementerio, donde ahora el vicealmirante reposaba a su lado, y a continuación él trasladó su viejo Triumph a casa de Suzy, que vivía en otro pueblo. En Gales, de donde procedían los tres, nunca hubieran actuado de esta manera. Era un poco escandaloso, sin lugar a dudas, pero lo habían hablado todo con Annabelle justo antes de que esta abandonara de puntillas este mundo. Se extinguió como una vela. A punto de exhalar el último suspiro, les susurró en ese tono de voz suyo pijo y distante: «Bueno, *don't make a fuss about it*, ya somos todos mayorcitos, los únicos que chismorrearán son los del jueves y eso qué importa». Los jueves los ingleses de la zona se reunían en el pueblo para jugar al *bridge*, charlar y echar pestes de los españoles. La ropa de Annabelle, eso fue lo más duro. Suzy no fue capaz de desprenderse de los jerseys de cachemira de su amiga. Los llevó a la tintorería y los aireó un buen rato para que el viento se llevara el Chanel N° 5 de Annabelle. El vicealmirante no se enteró de nada. O tal vez sí, pero no hizo ningún comentario. Y la cama para ellos ya no significaba más que calor humano. Ella no tenía nada contra eso. Y él era indiferente a los chismorreos de la gente del pueblo. Era el almirante y eso tenía aún un peso entre los lugareños. Nada que ver con esas hordas que llegaban hoy en día de Inglaterra con Easyjet y que se emborrachaban en las terrazas exhibiendo sus cuerpos medio desnudos. Suzy entendía el castellano mejor que su propio idioma hablado por esa gente. El vicealmirante no había sido muy exigente durante el tiempo que vivieron juntos. Se conformaba con tener a mano su *Daily Telegraph* y su whisky Famous Grouse y con que le dejaran hablar sobre la guerra. No quería volver a casarse y Suzy tampoco. Ella disponía de la pensión de viudedad de su esposo fallecido muchos años atrás. Este también había servido en la Marina, pero no como vicealmirante. Dejó la casa a nombre de Suzy para que pudiera venderla e irse a vivir a uno de aquellos pequeños apartamentos frente al mar.

Era finales de septiembre pero parecía octubre. Aquel año todo se había adelantado.

A Suzy le resultaba difícil el cambio de estación. España no era un país de invierno. Y cuando este llegaba, ella se volvía lo más inglesa posible. Cerraba las puertas de la terraza, metía todo lo que había fuera, encendía lámparas y tomaba *scones* y té con un chorrito de ron. Se detuvo un instante. A lo lejos vio a Luis que salía del Bar Estrella para comprobar si ella venía. La terraza con las sillas metálicas estaba vacía. Luis estaría disgustado. Otro día sin propinas. Cuatro mesitas en la acera, eso era todo. La terraza parecía grande y triste cuando no había nadie. Era otoño, oscurecía temprano, y Suzy tenía que acercarse al pueblo para buscar el *Mail* –no leía el *Telegraph*–. Todavía conducía, aunque, de no ser por el periódico, no se movería de casa. Le bastaba con ir dos veces por semana al supermercado y congelar los alimentos. Y luego estaban los jueves, claro. No era capaz de prescindir totalmente de la reunión de los jueves. Oyó el rumor del mar. La calle desembocaba en un campo yermo donde en verano crecían ajos silvestres, como los llamaba ella. Unos tallos largos coronados con una bola morada. Eran fáciles de extraer escarbando ligeramente la tierra con un cuchillo. El almirante siempre se había reído de esa afición suya. El ajo propiamente dicho estaba envuelto en unas escamas blancas, como de papel. Al arrancarlas, asomaban los dientes recubiertos a su vez de un pellejito marrón. Eran un poco pegajosos al tacto, pero a Suzy le gustaba llevarse a casa todo cuanto la naturaleza brindaba gratuitamente. A él no le gustaba el ajo, pero ella solía ponerle un poco en la *quiche* y él se lo comía. Un poco más allá la tierra se hacía más pedregosa, hasta convertirse en pura roca contra la que batía el mar. Cuando él aún caminaba bien, le gustaba acercarse cada tarde a las rocas antes de cenar. Los dos se quedaban un rato contemplando el mar mientras escuchaban su rumor. «Yo sé lo que dice el mar», aseguraba el almirante, pero nunca revelaba qué. A ella le gustaba el sonido del mar. Hoy acompañaba perfectamente a las nubes, unas moles grandes, gruesas y densas. El almirante solía llevar consigo unos prismáticos, por si pasaba un barco. A veces se los dejaba. El mar estaba demasiado picado ahora, no se divisaba barco alguno. Los pescadores no habían salido a faenar. Suzy había visto sus pequeñas barcas amarradas en la cala detrás de la casa con nudos de doble vuelta en previsión de la tormenta anunciada.

Luis, que había salido a la terraza hacía un momento, volvió a entrar en el bar. Suzy sabía que se había asomado sólo para comprobar si ella venía. Formaba parte del juego, era como un acuerdo tácito entre los dos. Cuando no había gente en la terraza, Luis no salía del bar hasta que ella se sentaba. Suzy no vio a su jefe por ningún lado. Era este un hombre alto y gordo con una ridícula cola de caballo en la parte posterior de la cabeza calva que le daba un aire de batería americano entrado en años. Seguramente estaba en la cocina preparando esas tapas que a ella no le gustaban. Demasiado aceitosas. Suzy miró hacia el interior del bar. Luis fingía estar ocupado, aunque en realidad lo único que hacía era trajinar con los cacharros de cocina. No era necesario que lo hiciera por ella,

porque sabía muy bien que ella nunca tomaba nada, a lo más un par de almendras. Suzy dejó su chaquetita blanca sobre la mesa y sacó su cajetilla de Dunhill. Las mesitas eran de mala calidad, pero le encantaba el brillo de aluminio de los tableros. Su bolso quedaba bonito sobre la mesita y el rojo y dorado de la cajetilla de tabaco entonaba con los colores del anillo de Annabelle que le había regalado el almirante. Suzy cuidaba sus manos. Sabía que eran unas manos viejas y blancas, pero con las uñas bien pintadas conseguía disimular las venitas azules. Colocada entre el bolso y la cajetilla, su mano daba el pego. Antes esas cosas nunca le habían interesado mucho, pero ahora que disponía de todo el tiempo del mundo se fijaba más en ellas. Luis se presentó ante su mesita. Vestía una camisa marrón limpia. Las camisas marrones constituían su uniforme, nunca llevaba otra cosa. Suzy sabía que no tenía mujer, pero él siempre llevaba las camisas bien planchadas. Pantalón negro, siempre. Zapatos negros. Los pies pequeños. Le habrían quedado mejor unos zapatos ingleses, en lugar de esas baratijas españolas. Así como el vicealmirante sabía siempre lo que decía el mar, ella sabía siempre cuál era el estado de ánimo de Luis. No muy bueno, al parecer. En realidad no era necesario que Luis saliera a preguntarle qué iba a tomar, pues sabía perfectamente cuál iba a ser su pedido. Eso también formaba parte del juego. Si no llegaba más gente, Luis empezaría a contarle todo cuanto ella ya sabía. El español de Suzy no era muy bueno, pero había escuchado las historias de Luis tantas veces que era capaz de repetir las de memoria. Además, él hablaba un inglés malísimo, Suzy apenas le entendía. Así que estaban empatados. En realidad ella no necesitaba prestar atención a sus historias, como cuando era pequeña y oía en la iglesia esas palabras que apenas entendía y que le pasaban por encima de la cabeza en forma de sermón o letanía. En este lugar, en cambio, las palabras pertenecían al mar, a la camisa marrón de Luis, a su cabello liso peinado hacia atrás y excesivamente largo. El año anterior había estado trabajando en la terraza el hijo del propietario del bar, con lo que los temas de conversación fueron distintos. Pero este año el chico no había vuelto. No había mucho que hacer en el bar. Suzy encendió un cigarrillo. Debería haberse puesto el chal rosa, a Annabelle le quedaba muy bien. Lady Annabelle. La mano le tembló ligeramente, pero era por el viento. En el interior del bar Luis bajó un poco el volumen de la música. A continuación le traería su gintonic, un vaso con mucho hielo, dos rodajitas de limón, no una, y la tónica aparte. Luis tuvo que acostumbrarse a las dos rodajitas. Y además ella prefería la tónica Nordic Mist a la Schweppes. La ginebra sabía mejor. La Nordic Mist la compraban expresamente para ella, era un trato de favor. Cuando el propietario del bar no estaba, Luis le echaba más ginebra a su tónica. La cantidad dependía de su estado de ánimo. Los días en que estaba deprimido le echaba más, así de simple. Y entonces empezaba a hablarle de su primera mujer, luego de la segunda y finalmente de los hijos. Cuando se refería a estos solía emplear una expresión que Suzy a veces se repetía a sí misma de noche, en la cama: «romper la intimidad». Pero Luis no empezaba a hablar de eso hasta la segunda ginebra.

Suzy no sabía muy bien cómo trasladar esa expresión al inglés. «Romper la intimidad»

sonaba muy antiinglés. Aunque probablemente una mujer española no se pondría el jersey de su amiga muerta. Hoy volvía a llevar una prenda de Annabelle, la blusa con el estampado de rositas, de Laura Ashley. Ay, Annabelle. El primer gintonic ya se le estaba subiendo a la cabeza. Oyó cómo Luis vertía el hielo en el vaso y nada más verlo comprendió que había acertado con su estado de ánimo, apenas cabía la tónica. Eso significaba que Luis tenía planes. Suzy pensó en cómo dar el primer paso.

Al parecer Luis no estaba hoy muy ocupado. Suzy se encogió de hombros. Sabía que en cuanto ella pronunciara la primera frase, seguirían al menos diez frases suyas. Una contra diez, se decía ella. El negocio va fatal esta temporada, observó él, es una mierda. No tendría que haber venido. En Sevilla aún hacía calor, pero aquí era ya invierno. El día anterior el propietario del bar había calculado que este año habían ingresado seis mil euros menos que el año anterior. Ojalá no hubiera visto aquel jodido anuncio. Acababa de solicitar otro empleo, en Oviedo. Si su primera mujer no le hubiera desplumado, hoy seguiría teniendo su propio negocio. En Oviedo se bebía sidra, una cosa asquerosa. Aunque en realidad los asturianos no eran españoles. En Asturias aún había osos. Para eso más valía irse a Siberia. Un sevillano no tenía nada que buscar por esas tierras.

Pero no tenía elección. El destino le había jugado una mala pasada.

Suzy tomó un trago. Ese era el mejor momento del día, cuando el mundo empezaba a tambalearse. Un escalofrío de placer le recorrió el cuerpo, provocado también por su lamento. Antes de que cogiera su cigarrillo, él ya tenía su mechero preparado. Hacía demasiado viento. Jodida isla, diría él ahora. Era su disparo de advertencia. ¡Pum! «Creo que este año cerraremos antes.» Pero detrás de esas palabras Suzy percibió otras, las que acompañaban el segundo trago, no menos fantástico: y te quedarás con dos palmos de narices, vieja zorra inglesa, porque entonces aquí ya no habrá nada. Suzy se quedó un momento pensando, dio una calada a su cigarrillo, y al tiempo que exhalaba el humo dijo lo que él esperaba oír: «No, ¿en serio?». Pero él ya iba a lo suyo. Había empezado a hablarle de sus hijos. Vivían en Mallorca, pero él no los visitaba nunca, porque no era bien recibido. Suzy tomó un trago anticipando sus palabras y la cara que iba a poner al pronunciarlas, pues solía imitar a sus hijos cuando hablaba de ellos. No podía presentarse en casa de sus hijos, porque les *rompería la intimidad*. Y eso que él tuvo a su madre en casa hasta que cumplió los ochenta y cuatro años, pero claro, en aquella época no existía eso de la *intimidad*. Y menos con su primera mujer. Que por cierto se largó de casa nada más morir su madre, porque no quería hacerse cargo de las tareas domésticas. Luis entró en el bar con la excusa de buscar un cenicero limpio, pero Suzy sabía que iba a tomarse un trago de whisky detrás de la barra. Contó los cigarrillos que le quedaban. Hmm. Los de Luis eran un asco, no le gustaban. No eran más que cartón quemado con filtros blancos que te secaban los labios. Sí, esos son los cigarrillos que te van a ti, payaso, pensó Suzy, y a continuación dijo: «Espero que aguantéis un poco más, esto quedará muy vacío sin vosotros». Le echó un vistazo al interior de la cajetilla. Sólo quedaban tres

cigarrillos y hasta el día siguiente no iría a la ciudad. En aquel instante pasó a toda velocidad un coche descapotable azul, que se detuvo frente al mar con un frenazo sonoro. «Ese ha estado a punto de arrojarse al agua», dijo Luis. «Al fin habría algo que hacer aquí.» El coche dio la vuelta y se dirigió a la terraza. Matrícula alemana. Una música a todo volumen con unos bajos retumbantes y una aguda voz femenina que chillaba como si fuera sometida a terribles torturas en una sala de máquinas. ¿Era posible cenar algo? Suzy echó un poco más de tónica en la ginebra. Ahora todo iba a retrasarse mucho más. Debía intentar mantenerse despierta. Tal vez una película en Sky.

¿Y si se tomaba otro gintonic? Los alemanes aparcaron su coche. De repente volvió a oírse el rumor del mar. Extraño, unos alemanes que no hablaban español intentando comunicarse en inglés. Sonaba como en las películas de guerra. *Jawohl, Sir.*

Luis les sirvió a los alemanes dos cervezas y estuvo un rato dándoles coba. En realidad lo hacía para llamar la atención de Suzy. Era una forma de demostrarle que podía pasar de ella. Cuando al fin regresó a su mesa, reanudó la conversación. Le preguntó si conocía Oviedo. No, ella no conocía Oviedo ni sentía curiosidad alguna por conocerlo. «Si te trasladas allá, iré a visitarte», le dijo Suzy, y se puso lentamente en pie. El viento había arreciado, Suzy se tambaleó. Había dejado el dinero encima de la mesa, cubierto con un platito para que no se lo llevara el viento. Luis le había dado de nuevo la espalda y estaba con los alemanes.

Stay the course, Suzy, se dijo. Al menos nadie pensaría ahora que se tambaleaba por haber bebido. Pero no había nadie mirándola. Apoyó una mano contra la pared. Cuando Luis la ignoraba, ella no sabía muy bien qué hacer, pero por si acaso le dejaría alguna cosa. Ese era su gran truco, dejarle discretamente unos regalitos a Luis. Una cucharilla de plata por aquí, el botellín con Famous Grouse por allá, al lado del teléfono... Dejarle solamente dinero era una vulgaridad, el regalo debía tener un poco más de elegancia y al mismo tiempo debía parecer algo fortuito. La vez anterior había sido brutal. Luis se llevó el mechero de plata de Annabelle. A Suzy le sentó mal, pero no le dijo nada. Al llegar a casa se percató de que había dejado el televisor encendido. Escuchó las voces desde el pasillo. Al entrar en el dormitorio, se detuvo un instante. Demasiada luz, apagaría la lámpara grande. ¿Se desnudaría ahora o más tarde?

De todos modos nada sucedería hasta las doce. Miró un rato la televisión hasta que tres personas fueron simultáneamente asesinadas a tiros y luego se dirigió al dormitorio.

Nada más echarse en la cama, se acordó de que no le había dejado nada a Luis, pero ya era tarde, pues escuchó sus pasos aproximándose por el sendero del jardín. Suzy solía apagar la luz exterior, nadie tenía por qué verle entrar. El pasillo, la habitación, un gato en la oscuridad. Un gato macho de sesenta y tres años calzando zapatos negros españoles que ojalá hubieran sido ingleses.

A Suzy ya sólo le bastaba esperar el ruido de la puerta, el whisky, el olor de su aliento, el extraño gruñido irregular que acompañaba su sorprendente fuerza repentina, que parecía tener más que ver con la rabia y la decepción permanente que con otra cosa.

Cuando Suzy se despertó, ya era de día. Escuchó las noticias de BBC World. Bagdad, Darfur, Gaza, Kabul, nunca escuchaba realmente lo que decían, pero le gustaban esas suaves voces inglesas que al empezar el día le sumergían a uno en el mundo sin lastimarle. Había cumplido los setenta y nueve años y llevaba escuchando la radio desde que tenía uso de razón. Siempre había noticias, como había parte meteorológico. Se levantó lentamente y miró por la ventana.

Mientras la radio emitía los sonidos del mundo, vio a Luis caminando por la calle desierta cubierta de hojas. El viento había amainado, un perro obediente. Todo cuadraba.

Sobre la mesa estaba su bolso blanco, abierto. El monedero vacío. Intentó recordar cuánto dinero contenía, pero no fue capaz.

Pequeño canalla, pensó, y mientras se dirigía a la cocina para poner a hervir el agua del té, saludó con la cabeza el retrato de Annabelle enmarcado en plata que tenía sobre el escritorio. A su lado estaba el cenicero con una colilla de filtro blanco. Annabelle le devolvió una sonrisa desde el reino de los muertos, una sonrisa ambivalente, casi de aprobación. Aunque con Annabelle no se sabía nunca.

La última tarde

Él murió de repente.

Ella recordaría para siempre aquel instante, porque llegó acompañado de unas imágenes muy nítidas. Era septiembre, el sol ya bajo, la sombra del ciprés rozaba el muro del jardín, la tortuga avanzaba lentamente en dirección al hibisco en busca de la primera flor caída. Aquello era un pacto entre ella y la tortuga. Siempre a última hora de la tarde, que a su vez era la antesala de la noche. En Cerdeña oscurecía antes que en Holanda, pues estaba más cerca del ecuador. Fue él quien se lo explicó. El movimiento de la luz siempre le interesó. La luz tenía vida. Hablaba de ella como de un ser humano que uno aprecia y con el que mantiene una relación personal. Había días en los que él estaba inquieto. Esos días sucedía algo con la luz que ella naturalmente no era capaz de percibir. Siempre había sentido que él vivía rodeado de cosas invisibles, cosas que ella no era capaz de captar ni de describir. Habían estado juntos tres años. Sus mundos nunca tuvieron nada que ver, lo único que les unía era su voluntad de no vivir en Holanda y el hecho de trabajar en casa, en la vieja granja. Se habían conocido casualmente. Un hombre montado a caballo que miró hacia su jardín por encima del pequeño muro y la saludó con la mano.

Ella lo encontró atractivo, tal vez porque no lograba conciliar su profesión (su dinero) con algunas de las cosas que decía, como si en algún lugar de aquel cuerpo grande y sólido se ocultara un poeta. En la cama, aunque un poco torpe, no funcionaba del todo mal. Ahora que lo pensaba, solía tratarla con el mismo cariño con el que trataba a su caballo.

Se quedó mirando la tortuga. Había un par de ellas en el jardín, pero a esta la reconocía enseguida. También en esto él siempre fue distinto a ella. En cierta ocasión trató de explicarle cómo reconocerla. La cogió con una sola mano y la depositó sobre la mesa. El animal retrajo su cabecita de viejo, con lo que sólo quedó visible el caparazón. Mientras le pasaba las manos por encima, le fue señalando: aquí y allá. Ella observó las manchas oscuras sobre el caparazón verde que él le indicaba e intentó descubrir el diseño que formaban, pero cuando al día siguiente volvió a ver una de las tortugas en el jardín, no supo si era esa misma u otra. La que tenía ahora delante sí la reconocía porque así se lo había propuesto. En cierta ocasión, cuando la tortuga se encontraba inmóvil al lado del hibisco, le hizo una fotografía en color que luego retocó de modo que el caparazón ocupaba toda la imagen. Amplió la foto y la colgó en su estudio. Un cuadro abstracto,

dijeron sus amigos con admiración, ¿por qué no haces más cosas de esas? Ella sabía que él pensaba lo mismo, pero nunca se lo dijo.

La tortuga estaba cerca del hibisco. Por lo visto tenía predilección por el rojo intenso. El hibisco amarillo, que estaba algo más allá, se lo dejaba a las otras. Al principio le había parecido extraño que a las tortugas les gustasen las flores, como si una distancia insalvable se interpusiera entre aquellas hojas afilegranadas y etéreas de la flor y la vejez casi fosilizada del animal. El hibisco era su planta favorita. Aparte del plumbago y la buganvilia, que en realidad no necesitaban agua, esta era la única planta que requería cuidados en verano. Era también la única que le devolvía algo a cambio, que le hacía un gesto cada día, como se decía a sí misma.

Los veranos eran cada vez más secos, y durante ciertos periodos estaba prohibido regar, pero eso no afectaba demasiado a su jardín. Aloes, cactus, una yuca empeñada en crecer en todas las direcciones, palmeras, pinos y el ciprés solitario, todos permanecían idénticos a sí mismos y extraían la escasa agua que necesitaban de la profundidad de la tierra. Sólo el hibisco echaba a diario nuevas flores, cual mariposas rojas. A la hora que ella se levantaba, estas se abrían de par en par con una sorprendente fuerza y al final del día se morían y caían sobre la tierra parda y seca, como ahora.

Todo en las tortugas era extraño. La forma en que el animal avanzaba hacia la flor sobre sus arcaicas patas delanteras con los pies vueltos hacia afuera era similar al andar de los cangrejos. Por su parte, la flor, antes de caer, se enrollaba sobre sí misma como si se hubiera envuelto en un sudario a sabiendas de lo que le esperaba. La mujer que la observaba sintió un ligero escalofrío. Debería estar habituada a ese ritual diario, pero seguía experimentando una vaga forma de dolor cuando la tortuga tendía su cabeza acorazada hacia la flor. La flor ya no era roja, era más bien una mariposa enrollada del color de la sangre reseca. Vio los pequeños ojos relucientes e inexpresivos en aquella coraza como de cuerno, vio cómo se abría la extraña boca sin labios y cómo las mandíbulas empezaban a triturar la flor, y de nuevo, al igual que un cuarto de hora antes, cuando la sombra del ciprés había rozado el muro de piedra, ella lo supo con toda certeza: el hombre con el que había vivido en esa casa durante años, y que había fallecido hacía dos años, acababa de morir. Ha tardado mucho en desaparecer, pensó ella, e inmediatamente supo lo que él le habría respondido. Le habría dado la vuelta a su afirmación. Escuchó su voz, con esa ligera ironía un poco despectiva que después del primer gintonic siempre adquiría un matiz particular. «La que has tardado eres tú, cariño. ¿No fuiste capaz de despedirte de mí?»

La misma hora, la misma cita. Ella, la tortuga; la tortuga, el hibisco; él, el gintonic. «Para defenderme del atardecer.»

Siempre le había parecido misteriosa esa actitud suya: un hombre que temía el

atardecer por temor a la noche. Pero era verdad lo que él le había dicho: no había sido capaz de despedirse de él. Tomó otro trago de su gintonic.

«Y has adoptado mis malos hábitos.»

¿Qué debía contestarle? ¿Que él ya se había alejado de ella cuando aún vivía, pero que eso no significaba que hubiera muerto? No había muerto hasta ahora, hasta ese misterioso instante en que la sombra del ciprés reptaba por el muro. ¿Cómo podía estar tan segura de ello? Se trataba de tres instantes, pensó ella. El instante de la despedida; el de su muerte; y ese largo instante que estaba viviendo ahora durante el cual había empezado a olvidarle y en el que él se había transformado en un espectro, el instante de su muerte real.

Espectro, le gustaba esa palabra. Un espectro que ahora desaparecía saltando sobre el muro, pasando por delante de la higuera, saltando sobre el siguiente muro y cruzando el campo donde estaba el asno del vecino que se había puesto a rebuznar como si lo saludara.

Él nunca había soportado la voz del asno. Esos hondos quejidos de pena infinita que culminaban en un extraño gruñido, como si el animal, ya harto, quisiera poner punto y final a su sufrimiento.

¡Qué simple era todo! Ella estaba ahí sentada, inmóvil. No sabía si la tortuga la estaba mirando, aunque había vuelto su cara hacia ella. Sus mandíbulas seguían triturando, un pedacito de flor roja asomaba obscenamente de su boca. Enseguida se daría la vuelta, movería cada una de sus ridículas patas por separado y avanzaría lentamente hacia donde ella no pudiera verla. Seguro que vivía en algún lugar bajo las piedras resacas del muro, pero nunca la había invitado a su casa. Ni siquiera la tortuga la necesitaba. La mujer se echó a reír y escuchó su propia risa en el silencio del jardín. Ninguna respuesta. El susurro de las hojas de la palmera, eso era todo. Las tortugas viven bajo tierra cuando son pequeñas, pensó, viven donde residen los muertos. Tal vez esa tortuga venía hacia ella porque fue ella quien la desenterró, aunque era difícil saberlo con certeza. Sucedió mientras rastrillaba el jardín. De repente salieron dos, tres tortugas minúsculas de debajo de la tierra. Ella no comprendió de dónde salían, pero él le explicó que las tortugas pasaban el primer periodo de su vida bajo tierra. A continuación las tomó en sus manos y las lanzó por encima del muro. Causa y efecto. ¿Era posible determinar el principio de algo? ¿Existía el instante en que empezaba la despedida? ¿Acaso empieza esta cuando te preguntas por primera vez por qué estás con alguien que arroja unas tortugas por encima del muro, que se deja intimidar por la luz y que teme la noche? Ella escribía libros para niños que también ilustraba. Aquel día empezó a escribir una historia sobre tres pequeñas tortugas a las que bautizó con los tres nombres de pila de él, pero nunca se la dejó leer.

Él no se percató de su venganza. Debería de haber ideado algo más drástico, se dijo ella, aunque el resultado final fue mejor de lo que había previsto. Encontrar a tu mujer en brazos de Beppo, el cartero, no es algo que suceda cada día. El cartero, ese *beau garçon*, que trae a diario el correo en su bicicleta deportiva y se toma una copa contigo.

Con el que charlas sobre el cabrón de Berlusconi, que se sienta contigo delante del televisor a ver el funeral del Papa, que te cuenta los chismorreos del pueblo y que toma copas contigo en el Bar Italia. ¡Sí, con ese! Y, por si fuera poco, en un campo, en un lugar muy apropiado: debajo de la higuera y entre las malas hierbas punzantes, a poca distancia del camino por el que cabalgas con tu caballo. Algo se mueve detrás del muro, lo ves desde arriba: la espalda morena, el cabello negro, y debajo de este otro cabello, rubio, y el rostro que te devuelve la mirada con sus ojos azules, muy holandeses, sin rastro alguno de miedo o pudor, castigándote por las tres tortugas muertas y los tres años de ironía.

Había caído la noche, pero ella seguía ahí, inmóvil. Ahora ya nadie podía ver su sonrisa. Aquel día ella llegó a casa un par de horas más tarde de lo habitual. Él estaba en su estudio delante del ordenador, conectado como siempre a las bolsas del mundo entero. Ella se colocó detrás de él y durante un rato se quedó mirando cómo los números abstractos bailaban por la pantalla. Aquello fue la despedida. Al día siguiente él recogió como siempre el correo junto a la verja y se tomó una copa de vino con Beppo. Luego se marchó sin que cruzaran palabra alguna. Poco después murió, como si lo hubieran acordado así entre los dos, y hoy, esta tarde, él había desaparecido detrás del muro como si jamás hubiera existido.

La mujer se puso en pie y entró en la casa. En su estudio se acercó a la fotografía de la tortuga y le pasó la mano por encima. Oyó sus propios pasos dirigiéndose hacia la cocina, se detuvo un instante y escuchó el profundo silencio que reinaba a su alrededor.

Paula

1

No creo en espíritus, creo en fotografías. Una mujer quiere que la recuerdes y consigue que encuentres una fotografía suya. Los muertos son capaces de eso, basta con que no los atiendas lo suficiente. Tal vez deba formularlo de otro modo: son capaces de ello si consideran que los desatiendes en exceso. No es este mi caso, yo sigo pensando regularmente en Paula. No sé si a los otros les sucede lo mismo. Los veo muy pocas veces, sólo de vez en cuando y por casualidad. Gilles murió, Alexander terminó por fin su carrera y ejerce de inspector médico en Groninga, Ollie vive en Estados Unidos y el doctor está al parecer enfermo. Así que de bien poco le sirven a Paula, porque ella es sin duda una muerta inquieta. De modo que me toca a mí. Seguramente a falta de alguien mejor, pero bueno.

Bien, Paula, aquí me tienes, y pienso en ti. Soy muy bueno en eso de pensar en ti. Antes también lo era.

Y es que nunca he dejado de pensar en ti. Llevo una eternidad viviendo solo, me desprendí de los objetos superfluos hace ya mucho, pero todavía sigo encontrando de todo, es el cuento de nunca acabar. Vivo en un bloque de pisos moderno, en la planta superior, la casa vacía, sin la molestia de los vecinos, silencio, vistas al polder. Recibo pocas visitas y la gente que viene suele mirar un poco incómoda a su alrededor, como los gatos cuando no han descubierto todavía dónde se oculta el peligro. La cama, la mesa, la silla, todo austero. Minimalista, dijo el Barón la única vez que me visitó, con esa risita forzada tan suya. Vino a reclamar una antigua deuda de juego. Miró en derredor como si fuera un agente judicial dispuesto a subastar algunas de mis pertenencias si no le pagaba. Y yo no tenía ninguna intención de pagar, ni entonces ni ahora. Llevaba años esperando su visita, sabía que algún día se presentaría en casa. En ese sentido el Barón no ha cambiado nada. No sé cómo andas de memoria ahí donde te encuentras, pero seguro que te acuerdas de él. Formabais una magnífica pareja de baile, sobre todo cuando bailabais al ritmo de los Stones. Que por cierto son ya también unos vejestorios. El Barón entraba en una suerte de trance mecánico, como un robot excitado. Tú te agitabas a su alrededor como un jirón de tela y él te agarraba siempre en el momento oportuno, juntos erais una máquina fascinante, acaparabais la atención de todo el mundo. Y ahora yo vuelvo a

mirarte. Tu fotografía está de pie contra la pared blanca. «Anda, ahí está Paula», observó el Barón cuando entró en mi casa. «Long time no see.»

«Esto parece un monasterio zen», añadió, aunque yo jamás he pisado un monasterio zen. Lo que quería era desprenderme de todo, tirar todo lo posible y el resto dejarlo blanco. Empiezo a conseguirlo. Puesto que nunca recibo visitas, me basta una silla para leer. Una para leer y otra para comer. Mis paredes son todas blancas, tal vez puedas verlas. No tengo ni idea de lo que veis o dejáis de ver desde ahí. Yo no soporto verme a mí mismo en fotografías antiguas, aunque probablemente eso a ti no te suceda. Como ya no puedes envejecer, no te has visto nunca con otra cara. ¿Digamos que han pasado cuarenta años? ¿Cuarenta y cinco? La fotografía se publicó en la portada de *Vogue*. Todos estábamos orgullosos de ella, también las chicas. Nada en esa imagen ha envejecido, ni tú ni la propia fotografía. El año pasado apareciste de pronto entre una pila de periódicos viejos, acompañada de noticias de la época relacionadas con los *provos* de Ámsterdam y sus *happenings* contraculturales y más sandeces de este estilo. Telarañas. Resulta difícil imaginarse que todo aquello sucediera de verdad. Estuve liado con la casa durante meses, fue como una campaña militar. Maletas, armarios, carpetas, el baúl con los diarios fue lo último y ahí estabas tú. El contenido del baúl será también pasto de las llamas, excepto la fotografía. Tienes el codo izquierdo apoyado en el marco de una ventana, el brazo en alto, y la mano con el cigarrillo recién encendido te pende sobre la cabeza. Hoy en día no estaría permitido publicar en *Vogue* una imagen así de una persona fumando, y menos con las uñas tan cortas. La fotografía es erótica y sensual, tanto entonces como ahora. Una mujer sin pecho, con cuerpo de muchacho. Llevabas una faja blanca ceñida alrededor del busto, por lo visto estaba de moda entonces. Era como si te hubieran practicado una mastectomía. «El milagro sin pecho», dijo el Barón. El Escritor también lo describió recurriendo a un verso de no sé quién, *su pecho casi de muchacho*. El pantalón oscuro justo por debajo del ombligo, la mano derecha en el bolsillo, la piel cubierta de las gotas de agua que resbalan como lágrimas por la ventana. Tú destacas iluminada sobre un fondo oscuro, la boca entreabierta, la mirada fija en algo que hay fuera. No soy capaz de mirar la imagen mucho rato. Estás en el reino de los muertos y al mismo tiempo aún suscitas deseo con tu boca entreabierta. Escucho tu voz, esa voz que todos reconoceríamos hasta en nuestro lecho de muerte, una voz dura, ronca. El alcohol, el tabaco, algo de todo ello se manifestaba antes de que pronunciaras palabra alguna, como una aspiración que precedía a tu voz: *Hau, hau*. Y entonces empezaba ese encantamiento implacable al que nadie era capaz de sustraerse.

Un peligro en el póquer esa voz tuya. Con ella hacías de una mano vacía un *full*.

2

Me siento frente a ti. En una casa con una sola silla eso tiene un valor especial. He

colocado tu foto sobre el alféizar, te desplazas conmigo. Apoyo un par de guijarros contra el borde inferior de la fotografía para que no te deslices. El día es lluvioso, una atmósfera que se corresponde con las gotas de lluvia sobre tu cristal. De este modo tienes la lluvia delante y detrás. Quiero imaginar que me estás viendo, aunque sospecho que no es así. Y mejor, porque no me reconocerías. Por esa razón no te hablo en voz alta, aunque resulte un poco extraño en la situación en que nos encontramos. Aquí no oigo nunca a nadie ni nadie me oye a mí. Creo yo.

Vivíamos en el año de las adicciones. Así calificábamos cada año en aquella época, porque éramos unos adictos, y lo sabíamos. Una noche sin *sabot* era una noche vacía. Recuerdo aún hoy la sensación de mi mano extrayendo las cartas cuando tenía la banca. La sensación y el sonido. Cuando apareciste por primera vez, la banca era mía. La mano izquierda sobre el borde de madera del *sabot*, la mano derecha a punto para la acción, los dedos ya sobre el primer naipe. Oficialmente el juego se denominaba *baccarat* o *chemin de fer*, pero nosotros habíamos creado una variante propia, con nuestras propias reglas, y lo llamábamos *sabot*, con eso bastaba. Cada noche, a la más mínima oportunidad, jugábamos al *sabot*. Aquella noche también. La habitación estaba como siempre en penumbra, la mesa debajo de un círculo de luz, con lo que sólo eran visibles los rostros de los que estábamos sentados a su alrededor. Sonó el timbre, alguien abrió la puerta, los que no estaban jugando volvieron la cabeza y se produjo un silencio, como el que se hacía cuando llegaba gente que no conocíamos. Tú apareciste acompañada de otra persona, algo poco usual, pero no preguntamos nada, no era nuestro estilo. Mi mano reposaba sobre el *sabot*, el distribuidor de naipes. No nos gustaba que nos interrumpieran el juego, pero había que saludar y estrechar manos. Fue entonces cuando escuchamos tu voz por primera vez. Nuestro amigo Cinco te había dado la dirección, dijiste. Cinco, ¿te acuerdas de él? ¿El eterno solitario? ¿La gorra a cuadros de paño escocés? ¿Ese que parecía un mueble del bar Hoppe? Había sido concejal por la Asociación de Seguridad Vial porque todos votamos por él. *Hau, hau*. Cinco no acudía nunca a nuestras reuniones. Ya murió. Este estribillo lo oirás con frecuencia. Qué le vamos a hacer, forma parte de la vida. Retiré la mano del *sabot* y anuncié lo que tenía la banca. Cien florines. Lo anuncié alzando la voz, tal vez para impresionarte. Era una buena suma de dinero en aquella época. André estaba sentado a mi izquierda. Él solía ser muy prudente, pero en aquel momento exclamó: *sui vi*. Yo extraje los naipes y les eché un vistazo. Dos nueves y un seis, no podía fallar, era la carta ideal. Te lancé una mirada por encima de las cabezas de los presentes y vi en tu rostro una expresión de avidez. Y no fui el único. El Barón, Gilles, Nigel, incluso Tico y el niño prodigio se fijaron en ti. Y las mujeres se fijaron en cómo te miraban los hombres. Las plumas erizadas, las uñas afiladas. Tardaste un tiempo en ganarte la confianza de las chicas. No, no lo digo bien. Quiero decir que ellas tardaron un tiempo en empezar a quererte como te queríamos nosotros. *Hau, hau*, aunque a oídos de las mujeres tu voz sonaba diferente, más ronca, más profunda, más afectuosa. Yo

tuve la banca unas diez veces. Doscientos, cuatrocientos, ochocientos, una y otra vez la banca, hasta que me hice con «el chocolate». Tú aprendiste el juego en un santiamén. *Avec, suivi. Pajarito que te vi*, solía exclamar entonces el Escritor, ya lo esperábamos. Tú perdías una y otra vez, pero la última vez, cuando volvía a haber ochocientos, exclamaste «banco».

Se produjo un breve silencio. Extraje las cartas lentamente. Tú las sostenías tal como debías de haber visto en alguna película. Primero todas juntas como si fueran una sola carta. Luego te las arrimaste al pecho. A continuación las levantaste despacio hacia tus ojos y las separaste un poco para ver qué te había tocado. *Hau*, dijiste, lo cual significaba: carta. Fue la primera vez que me ganaste. Desde ese instante fuiste una de nosotros.

Aunque diciéndolo así me quedo corto. Era como si siempre hubieras sido una de nosotros. Paula, ah, sí, hace años que la conocemos.

¿Años? No sé cuánto duró aquella época exactamente, sí sé que todo acabó después de tu muerte. Por aquel entonces sucedían muchas cosas en el mundo que nosotros seguíamos, aunque en la distancia: Vietnam, las revueltas de Ámsterdam, los ocupas, la guerra fría, la bomba H, el Club de Roma con sus predicciones apocalípticas, la primera crisis del petróleo, la primavera de Praga...

Para la mayoría de la gente, la guerra real estaba aún muy cercana. En el mundo estaban surgiendo nuevos conflictos que desembocarían en desastres aún más grandes, eso era obvio, pero, como solía decir Nigel, las catástrofes iban a ser de signo muy distinto a las que inquietaban a la gente en aquel momento. Lo aseguraba con tal calma y aplomo que resultaba convincente, probablemente porque era quien nos ganaba siempre, no porque supiera más que nosotros. Además, teníamos otras cosas en la cabeza. Nigel era aficionado a las matemáticas y las matemáticas son orden. El mundo en cambio era un caos. Nosotros formábamos una pandilla turbia, lo único claro era el juego.

Dodo y Gilles vivían en un canal lateral en el sur de Ámsterdam. El canal, una mala imitación de los canales del centro de la ciudad, era más bien la línea de demarcación entre la ciudad y la periferia. Como solía decir el Escritor, había que cruzar un foso para llegar al Castillo Dodo. El Escritor no se llamaba así por ser escritor, sino por ser este su verdadero apellido. El que además se ganara la vida escribiendo era un extra. El Barón llegó acompañado de Wintrop. Juntos se dedicaban a la compra y venta de acciones, algo de lo que nunca hablaban, ni siquiera con André y Gilles, que eran o habían sido –nunca quedó del todo claro– corredores de bolsa. De hecho no había nunca nada claro en nuestro grupo. No existía jerarquía alguna. El niño prodigio judío estudiaba para cirujano. Nieves comerciaba con antigüedades de dudosa autenticidad; Merel tenía una pequeña agencia de viajes en el barrio de Pijp especializada en destinos del tercer mundo; Nigel,

cuyo nombre no pegaba nada con esa pinta que tenía de haberse pasado la vida en el sótano de Dostoievski, se costeaba su carrera de matemáticas jugando al póquer en un club en el que no se nos admitía; Tico era representante de Chartreuse y de una desconocida marca de champán. Al doctor lo llamábamos así porque nunca logró acabar su carrera de medicina. ¿Te acuerdas de todos ellos? Ollie, que estaba con André, se quedó en Texas cuando él murió. Amigos ausentes y muertos, ellos son mi compañía.

Merel y Tico siguen siendo pareja, me parece. Como yo, viven en eso que yo denomino «territorio de penumbra». Mejor dicho, nunca han salido de él, como tampoco he salido yo. Algunos de ellos ganaban bastante dinero; otros siempre lo tuvieron; y otros, como yo, lo sacaban de dónde podían. Aunque el dinero nunca fue un problema. Nunca supe cómo te lo hiciste tú con el dinero. Lo cierto es que nunca te faltó, a pesar de que trabajabas de modelo sólo de vez en cuando. El Escritor escribía libros que no leíamos; el Barón ejercía de juez de distrito no se sabe dónde; el niño prodigio judío consiguió hacerse cirujano y fingía avergonzarse de ello; Merel hizo buenos negocios cuando llegaron los surinameses. Pero nadie hablaba nunca de dinero. Nigel, que era quien controlaba el listado de nuestras deudas pendientes, tenía que tachar continuamente series de números para subsanar unas deudas con otras. Todos debíamos siempre dinero a todos. Cada tantas semanas, Nigel nos advertía de que en la siguiente reunión tocaba echar cuentas, y así se hacía.

3

¿Cómo funciona exactamente la memoria de los muertos? Sí, sé que no existe una respuesta a eso ni tampoco a la pregunta que tenía en mente formular. ¿Cómo es posible —y esa es la pregunta— que a medida que uno se hace mayor la vida se asemeje cada vez más a una ficción? No sé qué es peor, ser mayor o estar muerto. La cuestión es que tú nunca fuiste mayor y yo todavía no he muerto.

Creo que la razón por la que he vaciado mi casa es porque no quiero que mi ficción se asemeje a otras ficciones, aunque eso es una tontería, claro está, porque así no consigo más que crear otra ficción. Un poco menos común, eso sí. Tú sabías mucho de esas cosas. Leías con avidez pero con inquietud, como si siempre echaras de menos algo. Esa idea acerca de la ficción te la debo a ti, tú fuiste la primera en formularla. Fue a la salida del cine. Habíamos visto una película que a mí me había encantado, pero tú soltaste un comentario despectivo: «Es demasiado realista. Todo es siempre una copia. Apenas vale la pena vivir si cualquiera es capaz de comprimir tu vida en una cinta de dos horas o en un libro que te lees en dos días. Cada cual vive su propia novela, que encima es demasiado extensa. Todo es imitación». Tus palabras debieron de impresionarme, porque no supe qué responder. Tú seguiste hablando sobre la compresión del tiempo y yo lo experimenté casi físicamente. De la Leidseplein nos fuimos al Vondelpark y mientras

caminábamos por el sendero de grava del parque sentí en propia carne la imagen que me habías descrito. El ritmo normal de nuestros pasos empezó a parecerme tedioso y sentí la necesidad de acelerarlo hasta convertirnos en una imagen cinematográfica o en una página de libro que se parecería a otros libros o a otras películas. En cierta ocasión, Nigel, que rara vez decía algo que pudiera parecer personal, te dijo a medio juego y sin motivo aparente: «Paula, tú tienes demasiada prisa». Nigel, sí, otro admirador tuyo. Nigel estaba liado con Dodo, la mujer de Gilles. Un montón de novelas. Tú nos probaste a todos, ensayaste todas las películas. Tal vez fue Nigel el único por quien sentiste realmente algo, aunque tengo mis dudas. «Es muy misterioso con su rostro blanco», eso fue todo lo que dijiste de él. Fue el único de nosotros a quien no lograste poseer. A mí me pillaste a la primera. Nunca fui un hombre misterioso y tampoco ahora lo soy. Me puse en evidencia desde la primera noche. Y esa historia tú ya la habías leído mil veces. La única vez que nos acostamos respondiste a mi evidencia con la tuya: «No entiendo por qué la gente arma tanto jaleo con el tema del sexo. *Ç'est une geste rendue* y nada más». Ni nada menos. Y concluiste: «Bueno, está claro que tú y yo no estamos hechos el uno para el otro. No pongas esa cara de pena, hombre, que ahora es cuando empieza lo bueno. Lo otro al menos nos lo hemos quitado de encima». Tú has sido mi mejor amiga. Eso no lo dijiste tú, lo digo yo. Aunque en realidad nunca he sabido con certeza lo que pensabas de mí. A veces, por tu manera de mirarme, tenía la impresión de que me ocultabas algo. Pasamos juntos tres semanas en Nigeria, en el desierto, y luego con un jeep nos fuimos a Tamanrasset. Tú te presentaste un día con los billetes de avión después de habernos desplumado a todos durante una noche inolvidable. Nigel no tuvo ni tiempo de tomar notas. Tu banca parecía indestructible, el «chocolate» se derretía sobre la mesa y se deslizaba hacia ti. *Sabot, banco, suivi, chocolate*. Para el improbable caso de que no lo recuerdes, con *chocolate* nos referíamos al beneficio que ganaba la banca cuando los jugadores no cubrían plenamente la apuesta. *Banco* era lo que se exclamaba cuando uno igualaba la apuesta de la banca. *Suivi*, cuando uno quería volver a hacer eso mismo después de haber perdido. Nuestro viaje resultó inolvidable. Aún hoy viajo una vez al año al desierto. Me da igual dónde. Durante nuestro viaje te enrollaste un par de veces con el primero que te encontraste por el camino. «No temas, no te pondré en ridículo», dijiste, «diré que eres mi hermano». Y yo te contesté: «Tendré que cortarles el cuello igualmente, uno no entrega a su hermana a la primera caravana que pasa». Pero tú y yo teníamos un acuerdo: nada de celos.

Durante aquellas noches, solo en la tienda, escribí mi propia historia. Los aullidos de los perros llenaban el oasis. Mi único orgullo era saber que mi historia no se parecía a otras que conocía. No sé si para ti también fue así. No hablabas de ello. En tu mirada había avidez e inquietud, como si te faltara siempre algo.

¿Eras infeliz? Vaya pregunta más estúpida, habrías dicho. De pronto me rodeaste con tu brazo. «Con nadie más que tú», también sabías susurrar, «con nadie más haría un

viaje como este... No quisiera ni podría hacerlo. Si te apetece que echemos un polvo, dímelo, la escenografía es perfecta: el corazón de África, las palmeras, los camellos, las estrellas. *Hau, hau*».

4

Al Barón lo llamábamos así porque no pertenecía a la nobleza. Su abuelo había vivido la época de las buenas intenciones y arrojó su título nobiliario a la basura de la historia. Con ello hizo su particular Revolución francesa, a pequeña escala y sin guillotina. Su nieto aún sufría el síndrome del dolor fantasma por esta pérdida. Conservaba el blasón de su linaje, sí, pero sin título antepuesto a su apellido, por lo que sentía por este un apego especial, porque al menos lo conservaba. Todo eso lo sabes tú muy bien. Los muertos no padecen Alzheimer.

No tienes por qué escucharme si no quieres. Voy a seguir hablando de todos modos. Lo hago por mí. Así lleno el salón vacío. No echo de menos a nuestros amigos, aunque no voy a negar que les tenía afecto. Tico me llamaba Don Anselmo, por algo relacionado con una película que habíamos visto, *El cochecito*. Tico y Merel. A él se le notaba que era indonesio, por el inevitable acento y el tono formal al hablar. Su padre había servido en el Real Ejército de las Indias Orientales neerlandesas. Sargento y sin embargo muy formal. Complejos coloniales. Siempre ese temor a no ser plenamente aceptado. «Nosotros somos de la isla de Madura, si es que sabes dónde está. Bali, Lombok, Sumba, Sumbawa, Flores y Timor, que es medio portuguesa. Ya nadie se entera de eso.» Tico, el amigo de Nieves. «Nieves sabe cómo hacer que los objetos parezcan antiguos, ¿verdad, Nieves? Cuestión de química. Hay que enterrarlos con una gota de tal o cual cosa y al cabo de poco tiempo se vuelven antiguos solos.» Tico no terminó sus estudios, pero sabía lo suficiente como para echarle una mano a Nieves. A mí aquello me parecía raro. Ellos solían verse durante el día. Alexander realizaba sus prácticas en el hospital donde trabajaba el niño prodigio. Merel practicaba con Dodo y Ollie lo que hoy se llama *fitness*. El doctor se pasaba el día en los cafés donde se jugaba al ajedrez. Yo en cambio no veía a nadie de nuestro grupo durante el día, para mí pertenecían a la noche. El círculo, los rostros en torno a la mesa, la luz amarilla, el humo. Y tú. Te veo ahora, es fácil, en un pólder es posible proyectar cualquier tipo de imagen. Recuerdo aquello que me dijiste sobre la necesidad de comprimir el tiempo porque las cosas iban demasiado despacio. Tal vez no fuera más que un simple comentario al que ahora doy excesiva importancia. Aun así. Ahora dispongo de tiempo para pensar en tales cosas. La primera vez que vi una película de Antonioni fue contigo. Antonioni y Bergman, muertos también. Es como si después de ellos no hubiera vuelto a ver cine. La verdad es que me dejó de interesar. Por aquel entonces todo dios era de izquierdas. Uno debía ser solidario con tal y cual causa, firmar manifiestos, salir a la calle. Y si uno no participaba de toda

aquella agitación, se le tachaba de cretino. Esa era la atmósfera que se respiraba entonces, aunque a nosotros nos dejaba bastante indiferentes. La ocupación por los estudiantes del Rectorado de Ámsterdam, las revueltas universitarias, las innovaciones en el teatro, los viajes a Cuba para participar en la recogida de caña de azúcar, las manifestaciones a favor de Camboya, acciones todas nobles y esforzadas, las cargas de la policía, las movilizaciones... y nosotros mientras tanto en nuestra isla con el *sabot* y la banca, un grupo de náufragos, desertores del mundo real. De toda esa agitación no se percibía nada en aquellas películas, quizás era eso lo que me interesaba de ellas. No hablaban de la sociedad sino de las personas. De los individuos. No me gusta la palabra «individuo», pero se trataba de eso. De personas sin más. De alguien que va en un tranvía por una calle solitaria. De la soledad en medio de toda aquella efervescencia. Corría el año ⁶⁴ o ⁶⁵, ya no recuerdo. *Il deserto rosso*. Monica Vitti al lado de un hombre frente a un recinto metálico, una especie de fábrica, una cosa gigantesca, y ellos dos ahí delante, pequeños, insignificantes, dos figuras minúsculas, anónimas. Justo en aquel instante me aferraste la mano y me clavaste las uñas. «Ya ves», dijiste, «no somos nadie, qué nos creemos que somos. Nos borran, nos eliminan. Nuestras historias son todas idénticas, no significan nada». Aquella película la tengo ahora en DVD, tengo todas las películas de Antonioni y Bergman que he podido conseguir. Las veo de noche, sentado aquí. Y siempre que veo aquella escena, siento tu mano. Antonioni alarga ese instante: la llanura, el muro, el recinto metálico. Los personajes se vuelven cada vez más pequeños, es insoportable. Aquella noche tú no te sentaste a la mesa, eso también lo recuerdo. Yo tenía la banca, que no iba nada mal, y en cierto momento levanté la mirada hacia ti. Estabas de pie detrás del niño prodigio y tu mirada era extrañamente intensa. Inclínaste la cabeza hacia mí y de repente hiciste un gesto con la mano dirigido a todos los que estaban sentados en torno a la mesa, dos rápidos movimientos circulares y luego un ademán brusco como si quisieras arrojarnos a todos por la ventana.

Luego te marchaste.

5

Nuestra gran escapada, una idea del Barón, tuvo lugar poco tiempo después. Este quería visitar a un tío que vivía cerca de Ruán para que le firmara unos papeles o para entregarle una cosa, algo así era. «¿Y si vamos a un casino auténtico? ¿Al de Deauville?» No todos podían. El niño prodigio tenía guardia aquel fin de semana y André tuvo que quedarse porque Ollie no le dio permiso. Éramos diez personas y nos apretujamos en dos coches, mi viejo Renault ¹⁶ y el Volvo *cat-back* del Barón. «Hazme un sitio, Don Anselmo.» Tú ibas en el Volvo, al lado de Nigel. Me pareció extraño ver a mis compañeros de juego a la luz del día. El doctor tenía un aspecto cetrino. Bélgica, luz gris. Teníamos previsto detenernos en Saint Omer, donde había un laberinto que Nigel quería

visitar. Yo nunca me he sentido muy cómodo en las iglesias y menos en las católicas. Nigel y tú ya habíais llegado. Estabais en el centro del laberinto, que se extendía como un juego misterioso por el pavimento en torno al altar. Conservo todavía el plano de aquel laberinto. Por los gestos que Nigel hacía con la mano deduje que intentaba buscar la salida.

Tenía la cara blanca, como siempre. Creo de verdad que nunca salía a la calle.

Yo estaba demasiado lejos para oír lo que decía, pero me di cuenta de que hablaba mucho, él que era habitualmente muy taciturno. «¿Llevas migajas de pan, Paula?», te preguntó Tico. Se asustó del eco de su propia voz retumbando por la iglesia. Yo vi que recorrías el trazado del laberinto en busca de la salida, sin conseguirlo. «¡Chicos, vamos, que está oscureciendo!» Ese fue el Barón. Él hubiera preferido evitar la visita a esa iglesia, pero ganó la mayoría. Todos deseaban ver un laberinto auténtico. Dodo quiso saber por qué llamaban a esa región Picardía. El lugar no tenía nada de alegre. No se veía pícaro alguno. «Aquí sigue oliendo a guerra.»

«A dos guerras», dijo Gilles. «Bajo esta tierra hay millones de personas sepultadas.»

Fue oscureciendo poco a poco. Las bandas reflectantes pintadas en los árboles que flanqueaban la carretera se iluminaban una tras otra. La lluvia azotaba las ventanillas, en el interior del coche reinaba el silencio. Al llegar al casino todo el mundo se despertó. *Il Barone*: «¡Chicos, a ponerse las corbatas!». «Sí, señor.»

Vestíbulo, alfombras, lámparas de araña en el techo. Pasaportes, registro. Miré la hilera que formábamos. Una pandilla con pinta bastante desastrada. No sé cómo será hoy en día, pero por aquel entonces entrar en un casino resultaba un tanto intimidatorio. Reinaba una atmósfera sagrada de azar y destino, de adicción y castigo. De fortuna absurda, inmerecida. Pronuncié esas palabras en voz alta y tú, que estabas delante de mí en la cola, te diste la vuelta y dijiste: «Algunas personas nacen más bellas que otras». Registraron nuestros nombres en unos cuadernos enormes. «Siempre pienso que no van a dejarme entrar», observó Tico. También hicimos cola ante la ventanilla donde se entregaban las fichas. A continuación, como si lo hubiéramos acordado previamente, nos dispersamos en diferentes direcciones. Superstición era eso, no querer que el otro estuviera a tu lado. No hay que tentar a la suerte. Nigel se dirigió hacia la mesa de póquer, yo jamás me hubiera atrevido a hacerlo. Gilles y el Barón fueron a jugar al bacará, que era lo más parecido a nuestro *sabot*. Cada cual buscó su propia mesa de ruleta. Tú aún permaneciste un instante a mi lado, examinaste la apuesta y dijiste: «Otro laberinto». Esa fue la última vez que te tuve cerca. Era una sala grande. Nos habíamos dispersado como una patrulla militar rastreando una zona de combate. Creo que siempre jugué a la ruleta para perder, lo cual, paradójicamente, era la única manera de ganar muy de vez en cuando. Aquella noche no. Hice lo que hacía siempre, una combinación absurda de excitación y miedo. Francos franceses. Cien francos parecía ya una suma considerable. Ay, ¿qué se ha hecho de las monedas antiguas? Florines, marcos, liras...

Coloqué cien francos en la *plaza* y aposté la misma cantidad al rojo. Sabía que repetiría la operación hasta perder la paciencia. El ²³ no iba a salir nunca y, en el caso de que saliera el negro una y otra vez (*¡no hay ninguna razón estadística para que no sea así, Nigel!*), apostaría de una sola vez toda la miseria que me quedara a un solo número. Ahora sé que lo que en realidad deseaba era perder, desprenderme de todo aquello. Lo había querido siempre. Dejar de jugar y mirar. Casi nadie juega por placer, siempre hay algún otro motivo. Eso se percibe en el movimiento de las mandíbulas de los jugadores, en las miradas lanzadas de soslayo, en la manera en que alguien se pone de repente en pie o entrega una propina excesiva. Pero a mí lo que más me fascinaba eran los *croupiers*, los dispensadores de la fortuna y la fatalidad, con ese tono de rutina y de hastío metafísico en sus voces. Muy retórico, Don Anselmo. Mejor dejarlo en hastío infinito. *Mesdames, Monsieurs, rien ne va plus*. Y sin embargo es esta una de las frases más hermosas que existen. A continuación la apuesta apresurada, alguien que quiere colocar su ficha en el último momento sobre una transversal de uno, dos o tres, alguien más que la quiere colocar sobre el cero, y finalmente el segundo e implacable *rien*. El tenso silencio hasta que la bolita blanca cae en la rueda giratoria y rebota, un sonido incomparable. Dos clases de jugadores, los que miran y los que escuchan. *Cinq, rouge, impair et manque*. ¿Qué dijiste aquella noche en casa de Dodo? Tú tenías la banca, la mano sobre las cartas, no va más, señoras y señores, apostemos, ¿será un cáncer, un accidente de automóvil, un divorcio, una desgracia, un gran amor, un diamante del tamaño del Hilton? Nadie se rió. No éramos tontos, todos habíamos pensado en eso alguna vez.

Media hora después yo había perdido todo cuanto llevaba. Te vi a lo lejos, sentada a una mesa al lado de tu destino, pero eso aún no lo sabíamos. Él alzó una copa de champaña hacia ti y brindasteis. Tú solías hacer amigos en cualquier sitio. No me acerqué a ti. Di unas vueltas y me encaminé hacia las otras mesas. Nigel estaba blanco como el papel, como siempre. Dostoievski en Baden-Baden.

Hasta Nigel perdió. Gilles y el Barón ya habían abandonado la mesa del bacará. Tico le dio la vuelta a los dos bolsillos del pantalón sosteniendo las puntas entre el pulgar y el índice. El doctor, con su hoja repleta de números, un sistema infalible, también lo había perdido todo. Sólo Dodo y Merel seguían jugando. «Como pierda todo el mundo, no nos quedará ni un céntimo para la gasolina», observó Tico. «Pues díselo a Merel», le suplicamos. «Dile que se detenga. Todavía tiene fichas.» Pero Merel no quería detenerse. Quería seguir perdiendo durante un buen rato.

Al final fuiste tú la única que ganaste. Nos acercamos lentamente hacia ti, nosotros los perdedores. Era la época anterior a las tarjetas de crédito, anterior al dinero que se extrae de un muro. «Detente», aconsejó el Barón. Mejor que no lo hubiera dicho. Le lanzaste una de esas miradas tan tuyas y tomaste un sorbo de tu champaña. Calculamos con la

vista la cantidad de dinero que estaba en juego. Al menos diez mil florines. «Paula, por Dios. Que tenemos que comer aún.» El hombre sentado a tu lado nos dio mala espina. Era la primera vez que veíamos a alguien con las manos tatuadas. Miniaturas. Me recordaron los caracteres rúnicos con que marcan a los toros. El hombre hizo un comentario y tú te echaste a reír. Como si hiciera años que os conocíais. Acento. Español o portugués. Le hiciste una seña al *croupier*, trazaste con el dedo un círculo alrededor del dinero y señalaste el ²³, que acababa de salir. Mi número. Acercaste las fichas hacia ti, las contaste a toda velocidad como sólo saben hacer los *croupiers* (como si removieran mierda, dijo más adelante el Escritor), las cambiaste por unas fichas más grandes y sostuviste una en alto para ver si era la que querías. Era dorada. Todo el mundo miraba. Tú asentiste con la cabeza. El hombre deslizó la ficha hacia ti, y, dado que la cantidad total era más elevada que la ficha dorada, se dispuso a deslizar por la mesa las otras fichas de menor valor con ese ademán ágil y obsceno con el que se pretende negar que es dinero lo que hay encima de la mesa. Pero era dinero. Oí a Tico renegar en voz baja cuando le indicaste al hombre con un gesto de la cabeza que podía quedarse con el dinero. «Ahí va nuestra cena, hay que joderse», refunfuñó Tico. *Pour les employés, merci madame.* ¿Y nosotros? ¿Acaso no somos empleados? Siempre me he preguntado cuál es la relación de los *croupiers* con el dinero. A fin de cuentas no reciben su salario mensual en fichas. La mayoría de ellos no juega. Han visto demasiado. Toda la mesa tenía la mirada fija en ti. *Faites vos jeux.* Las manos tatuadas depositaron una pila de fichas sobre la mesa. Para ser preciso a transversal cero, uno, dos y tres. Luego el hombre ocupó los ángulos y finalmente colocó una ficha alta sobre el cero. Tú seguías sin hacer nada. Estabas ahí parada con la ficha dorada en las manos, pero yo sabía cuál era tu intención. Tico también, pues lo oí lamentarse entre dientes: «No, Paula, no». Pero tú ya habías procedido, con un gesto pausado, casi sacerdotal. El veintitrés. Mi número. Salió el cero. Todo el mundo permaneció en silencio. El tatuado era el único que había apostado al cero y a los números contiguos. Entre todo lo ganado estaba naturalmente también tu ficha. Mil. De haber salido el veintitrés, habrías ganado treinta y cinco mil. El *croupier* deslizó hacia el tatuado todo el montón de fichas que había ganado. Este cogió entre la pila una ficha dorada idéntica y la deslizó hacia ti. Tú la aceptaste con toda naturalidad, como si llevarais años juntos. No os mirasteis en ningún momento. *Faites vos jeux.* Tico volvió a gemir. Un perro abandonado por su dueño. Entonces me percaté de la presencia de Nigel y Merel.

Más de una vez me había fijado en eso, en el juego de miradas. Sólo sucede con las mujeres, como si hubiera una complicidad entre el *croupier* y la jugadora. Se trata de una fracción de segundo, un intento de conjuro que todo el mundo sabe que es en vano. La fuerza de la mano que hace girar la rueda con los números, el lanzamiento de la bolita que salta y rebota y vuelve a rebotar hasta que al fin se detiene, aprisionada en la pequeña celda del número sagrado.

El veintitrés. A partir de ese momento todo se aceleró. Aún hoy me duele recordar que aquella fue la última imagen que tuvimos de ti. Deslizaste tu dinero hacia el hombre sentado a tu lado y él te lo devolvió. Treinta y cinco mil. El dinero permaneció un instante sobre la mesa. Tico gemía, Nigel tenía la mirada perdida, Gilles encendió un cigarrillo. Tú le hiciste al *croupier* una señal con la cabeza y deslizaste una ficha hacia él. El dinero restante lo dividiste en dos. Entretanto el hombre se puso en pie y se quedó esperando. Tú te diste la vuelta, besaste a Tico, besaste a Merel, me besaste a mí, me arañaste el cuello con la uña, entregaste la mitad de tu dinero a Dodo y el resto te lo metiste en el bolso. «Para cuando lleguen las vacas flacas», dijiste sin dirigirte a nadie en particular, y te fuiste detrás del hombre. «Poco te afectarán a ti las vacas flacas», dijo el Barón cuando os vimos desaparecer tras las puertas giratorias. Todos éramos conscientes de que aquello había sido una despedida. Habías dejado tu apuesta sobre la mesa haciéndome una señal. Debiera haber retirado aquellos mil, pero en lugar de ello coloqué la ficha en el rojo. Negro. No hay secretos.

Seguía lloviendo. Alguien propuso que fuéramos a dar un paseo por la playa.

Las mujeres no quisieron acompañarnos. Se quedaron en un *tabac* en el bulevar, cerca del casino.

Ráfagas de viento y ese otro sonido, el de las olas. Nos quedamos ahí un rato mojándonos. Entonces dijo Tico: «Ese tipo no me cae bien». Nigel no respondió, yo tampoco.

¿Te has despertado alguna vez en un balneario del norte de Francia fuera de temporada? Hotel Yo qué sé, resaca, vistas al mar. Gaviotas, lluvia persistente. *Petit déjeuner* con mermelada de albaricoque y esos paquetitos triangulares de mantequilla holandesa. Medio año después el hotel Corona de Aragón de Zaragoza fue pasto de las llamas. Fotografías de gente agitando la mano detrás de las ventanas de la última planta del hotel, como si estuvieran de fiesta. Noventa y ocho muertos. Casi todos ciudadanos españoles, un par de alemanes, un colombiano, y una holandesa. Sólo una.

Paula II

Me llamaste, aquí me tienes. No sé si me oyes. No sé qué clase de química interviene en una situación como esta. Tal vez te llegue mi voz por la piel, a través de la fotografía que has colocado delante de la ventana. No hablaste en voz alta, pero reconocí tu voz. Ese es el tipo de química al que me refiero. Aquí se aprende mucho. Para empezar, que nada de lo que hasta ahora pensaba de la muerte es cierto. Eso es lo primero que aprendemos aquí. Empleo la primera persona del plural, a pesar de estar sola. Es una vieja costumbre. Debe de haber un número infinito de muertos por aquí, pero están ausentes de su propia muerte, como yo de la mía. Ya no tengo cuerpo. Nunca imaginé que no habría nada a que agarrarse aquí. No hay sustancia. No hay luz ni sombra. No hay temperatura ni tiempo. A propósito, ¿dije «aquí»? No hay ningún «aquí». No creo que logre explicarlo. No existe nada, ni delante ni detrás de mí. Yo sigo estando presente, pero las circunstancias han dejado de existir. Me ha llevado mucho tiempo entenderlo. ¿Mucho tiempo? ¿Cuánto será eso si el tiempo no existe? El problema es que no dispongo de una nueva lengua para comunicarme, debo apañármelas con la que tengo. No me veo a mí misma, pero sé que estoy aquí. Sin cuerpo. No hay nada a mi alrededor. Ni espacio siquiera. Cuando digo que te oía, es verdad. Si digo que estoy viva aún, también es verdad. Tal vez no deba intentar explicarlo, sino describirlo con términos que tú puedas comprender, aunque no entiendas lo que está pasando. Estoy completamente sola, como todos los demás muertos que no veo ni oigo. Sigo siendo mi memoria, eso sí, pero no sé cuánto tiempo más voy a ser capaz de retener mis recuerdos. Una vez que estos hayan desaparecido, habré muerto de verdad, a eso me refiero cuando digo que aún estoy aquí. He muerto, sí, pero sigo presente. Siento como si me quedara algo por concluir. Tal vez sea verdad eso que dicen de que permanecemos un tiempo rondando por los lugares donde hemos vivido y que por esa razón aún somos capaces de comunicarnos. O nos imaginamos que somos capaces y que alguien aún nos escucha. No sé. De vez en cuando me doy cuenta de que sigo pensando en términos físicos y me embarga una suerte de tristeza; no, mejor dicho, de nostalgia. El dolor fantasma puede ser muy intenso cuando uno ha perdido su cuerpo. Debe de ser algo así, aunque hay otras historias y ninguna es verdadera. De niña me impresionó mucho la historia del descenso al infierno de Ulises, cuando este ve a su madre y a todas aquellas sombras exangües aferrándose a él. La realidad es que esto no sucede aquí. No recibimos ninguna visita, te lo puedo asegurar. Debemos reconsiderar un pasado que nos abandona poco a

poco. El futuro ya no existe para mí, sólo hay pasado. Un pasado atemporal, otra categoría. A partir de ahora debes tener en cuenta que las palabras que empleo, a veces falseadas, no son más que un intento de seguir comunicándome en tu lengua. A lo mejor nos estamos metiendo en terreno peligroso. Existen culturas en las que está prohibido nombrar a los muertos, sus nombres son tabú. Él o ella se quedan sin nombre o este no puede volver a pronunciarse. En Japón, los muertos reciben otro nombre, un nombre de muerto. Tal vez yo tenga también un nombre así. No lo sé. No tengo un espacio, un dónde, un cuándo. Pero déjame empezar por el instante de mi muerte, que no fue como vosotros imaginasteis. No fue un resplandor sobrenatural, desde luego. Fue un incendio en un hotel, con todo el pánico que esto desata. Un mar de fuego, miedo, y luego humo. No sufrí, por si quieres saberlo. Perdí el conocimiento. Abandoné la vida de puntillas, por así decirlo. Una auténtica transición, pero sin drama. Recuerdo que me causó extrañeza, eso sí. Un segundo después había llegado donde estoy ahora. Aquí, ahora, segundo... tengo que seguir usando ese tipo de palabras, porque, si no, no puedo hablar contigo. Hay algo que debes saber. He oído todo lo que has estado pensando en el salón de tu casa. No me preguntes cómo es posible que tus pensamientos me lleguen en forma de palabras, es así y no le demos más vueltas. Nunca entendiste lo que hubo entre tú y yo. Te creíste mi mentira. Las mujeres tienen una gran habilidad para mentir y los hombres para creerse lo que se les dice. Continuar contigo hubiera significado entregarme a tu «esencial» ausencia. *Hau*, sí, esa fue siempre mi forma de expresar mi dolor. Por esa misma razón sigues estando solo en tu casa, ya entonces me di cuenta. Tú, «en esencia», no estás para la gente. Lo nuestro hubiera terminado fatal, yo habría sobrevivido al desastre, pero tú no. Tú vivías para no estar, o estabas cuando no estabas, hay personas así. Tu vida era literalmente «esencial». Ya sabes que siempre me han gustado las palabras. Esencia y ser son afines. El viaje que hicimos por los confines del Sáhara fue una de las experiencias más intensas de mi vida, eso puedo asegurarlo ahora sin exagerar. Te hice creer que aquella única vez que hicimos el amor no fue importante para mí. ¿Qué te dije exactamente? Algo relacionado con el *geste rendue*. Olvídalo, no, mejor no lo olvides, no fue más que una de esas estrategias con las que nos enfrentamos a lo imposible. El fuego que sentí en mi interior fue tan abrasador que la muerte luego no ha sido nada. Tú no te enteraste, los hombres sois expertos en eso. Pensarás que exagero, pero yo ya no tengo motivo alguno para exagerar en este lugar en el que me encuentro. «Lugar», otra vez, no logro desprenderme del idioma. El «no-lugar» en el que me encuentro. ¿Mejor así? Si no me equivoco, mi vida está llegando a su fin. Es extraño que suceda de este modo. Además tengo la sensación de que debo apresurarme. No distingo colores, pero, si los percibiera, los vería desvanecerse poco a poco. Yo sentía una gran admiración por ti. ¡Ahí queda eso! Quería a todo nuestro grupo de amigos, tal vez más que nadie a Dodo. En realidad os amaba a todos. Una pandilla de vida desordenada. No erais unos *desperados*, pero casi. Todos un poco desconectados del mundo, aguantabais como podíais, pero sin pasión. Yo siempre os observaba. Lo de tu

monasterio zen lo vi venir de lejos. Perdóname por lo que voy a decirte, pero te pareces a un muerto en vida, como si te hubieras anticipado a tu condición futura. Vaciaste tu casa, pintaste las paredes de blanco. No tengo ojos, pero lo veo todo. Espero que seas capaz de soportar esa paradoja. También estoy viendo mi fotografía. No me duele, pero me suscita una profunda nostalgia. *Hau, hau*, cada vez que piensas en mi voz, me oigo a mí misma. Sabía que podía seducirte con ella. A ti y a Dodo. Estuve liada con Dodo. De eso nunca os enterasteis, ninguno de vosotros. Ella me permitía descansar de los hombres. Sí, también de ti, aunque tú eras distinto. A ti tuve que dejarte ir. Me parece que nadie supo nunca de mi relación con Dodo, aunque creo que el Escritor sospechaba algo. Ese tenía una vista de lince. Y a ti te tenía bajo lupa. Me preocupaba que escribiera algo sobre ti. El Escritor atesoraba, no, mejor dicho, coleccionaba imágenes. Durante todos aquellos años vivió a la espera de su libro y mientras tanto observaba. Cuando uno mismo es observador, eso lo percibe enseguida. Durante mi relación con Wintrop, me di cuenta de que el Escritor lo registraba todo. A punto estuvo de tomar notas en nuestra presencia. En cierta ocasión encontré uno de esos cuadernos de notas que siempre llevaba consigo. *P. voraz; I. W. y Don Anselmo sus víctimas natas*. Palabras neerlandesas escritas con caracteres griegos, un código infantil de los alumnos del bachillerato clásico que yo casualmente era capaz de interpretar. Además, él lo aclara todo en uno de sus libros: *ladrón antes que amigo, ladrón antes que amante*, algo así, todo un programa. El Escritor siempre venía con nosotros, empeñado como estaba en intentar acostarse conmigo. A Wintrop no le importaba, porque le hacía reír su habilidad para imitar a todo el mundo. Ni siquiera se tomó a mal lo que dijo de él en su libro. Por fortuna a mí me dejó fuera. De ti dijo que eras un místico. «Ten cuidado con él. Es el rey de la negación, el agujero negro en el que cae cualquiera que se relacione con él.» He dicho anteriormente que tuve que dejarte ir. Pero ¿fue así en realidad? No me creerás viniendo de mí, pero es posible que yo actuara por miedo. ¿Me arrepiento ahora? ¿Vi el abismo y no tuve valor? ¿Fui cobarde? ¿O débil? Cuando aún vivía, me propuse no arrepentirme jamás de nada. Ahora ya no estoy tan segura de eso, será porque ya es demasiado tarde. Demasiado tarde, otra referencia temporal. Mientras pronuncio esas palabras, comprendo lo absurdas que son. Demasiado tarde, arrepentimiento... términos que ya no tienen valor ni siquiera para ti, que aún vives. Busco recuerdos y encuentro un inventario. Eso no puede ser bueno. Todavía cargo con demasiadas cosas, debo seguir deshaciéndome de ellas. Borrarlo todo.

Aire, necesito aire. Es extraño, no logro concentrarme. Te prometo que volveré, pero ahora mismo es como si estuviera desvaneciéndome lentamente. Casi he desaparecido por completo, pero todavía hay tantas cosas que quisiera decir. ¿Es posible eso? ¿Una muerta tan cansada que cree que va a morir? ¿Una muerta que se diluye, que se desvanece, que desaparece? Espíritu, siempre me encantó esa palabra. Eso es lo que soy, un espíritu. Espectro, otra palabra bellísima. Amor físico, éxtasis, términos

impronunciables aquí. Un cristal que se rompe en cuanto lo miras. Todo lo que ya no recuerdo y lo que sí recuerdo. Aquel *lied* de Strauss, el último, creo, de sus *Cuatro últimas canciones*, con aquel verso que reza: *Ist dies etwa der Tod?* Esta es la pregunta esencial. Zona fronteriza, tierra de nadie. Strauss aún vivía cuando formuló esa pregunta: *¿Es esto acaso la muerte? ¿Acaso?* Un adverbio de duda de increíble precisión. Descansar. Un muerto no puede descansar, y si ahora estoy sola, más lo estaré en el futuro. *¿Oyes mi voz todavía? ¿Me ves? ¿La fotografía? ¿El pólder? ¿Qué dijiste? ¿Algo así como «la lluvia delante y detrás»? ¡Lluvia!* Recuerdo bien cuándo me hicieron esa fotografía. Había pasado la noche con Nigel. Sí, sí, él también, aunque tú creyeras que no. Nigel Álgebra, ese pedazo de hielo. Sí, pasé la noche con él. Gritos, susurros, sudor, amor, dolor, y luego salí huyendo hacia Dodo, mi bálsamo, mi curación. Y alcohol y coca y al día siguiente el fotógrafo, la ventana, la lluvia, todo eso que tú ves ahora. *¿Con amor? A mí me causa perplejidad. Vogue.* Esa era yo. Era, qué forma verbal tan absurda. Volveré, pero *¿estás realmente dispuesto a escuchar mis insignificantes secretos?* Todos esos hombres quieren entrar dentro de mí como si desearan nacer en dirección contraria. Yacen encima de mí y sus cuerpos no expresan más que una forma espasmódica de voluntad, necesitan el coño, el coño, quieren ir hacia algún lado, pero no saben dónde y siempre acaban expulsados. Es eso, *¿no crees?* Son tan diferentes, y sin embargo tan idénticos, terribles; no, nada terribles. La vida parece muy compleja y sólo más adelante entiendes lo transparente que es. Telarañas. Aunque también entiendes lo sagrada que es, quiero decir... ay, no, Dios, si alguien me hubiera dicho algo así le habría mandado callar. *Hau, hau.* *¿Acaso no va todo encaminado hacia eso, a acabar con lo sagrado? Lo sagrado, hear me.* Bueno, pruébalo tú mismo, prueba a estar muerto. Perdona, *¿cuánto tiempo me queda para esta despedida?*

Dormir. Tú has dormido. Yo ya no soy capaz de ello pero no sé cómo llamarlo de otra manera.

Ya sólo logro expresarme mediante comparaciones odiosas. Es como esas luces que se apagan muy lentamente en algunos hoteles. Una sensación parecida. Sin esperar nada aguardé a que volvieran a encenderse, con igual lentitud. Te vi dormido. Qué le voy a hacer, tú empezaste, fuiste tú quien me evocó. Dormías intranquilo, ansioso. No estabas en un monasterio zen, no te engañes. Reconocí tu ansiedad, era la de antes, la de las noches en el desierto. Recuerdo una cosa que me dijiste en cierta ocasión. Solías despertarte hacia las cinco de la madrugada. Una noche saliste de la tienda. Como tardabas en regresar, fui a echar un vistazo. Hacía mucho frío, echabas vaho por la boca. Había una miríada de estrellas, como no se ve nunca en nuestro país, un mar de otros mundos infinitamente lejanos, signos, figuras, una escritura en medio de un silencio extraordinario. Al cabo de un rato me atreví a preguntarte si te sucedía algo y me contestaste que cada noche había un instante en que deseabas no seguir viviendo. Quisiste darle un tono de ironía a tus palabras, pero no lo conseguiste. Temías ese

instante porque sabías que volvía, una y otra vez. Percibí la angustia en tu voz. A mí no me engañas. Ni entonces ni ahora. Miedo a la oscuridad. Y entonces dijiste algo que jamás he olvidado: «Los zorros vienen de noche». Te lo dijo tu abuela cuando eras niño y te quedó para siempre grabado en la memoria. A mí también. Estuvimos ahí fuera un buen rato, yo quise romper el silencio pero no sabía cómo. Zorros. Cuando volviste a dormirte, los vi. Los oí husmear alrededor de la tienda, mordisqueando la lona, oír crujidos y susurros, un ligero jadeo, vi sus uñas arañando el toldo, los hocicos entreabiertos, los dientes afilados, las caras estilizadas y astutas, sus finas siluetas proyectadas sobre la lona de la tienda como una sombra. Los escuché hablar. ¿Me crees? No sé cuántos habría. Nunca volví a verlos, pero sabía que tú siempre los llevabas contigo. Cuando oyes a alguien decir que no quiere seguir viviendo, dejas de saber para siempre quién es, si el hombre que hace reír a todo el mundo, el hombre que imita a todo tipo de animales, el hombre que baraja los naipes como un prestidigitador, o el hombre de los zorros que una vez al día desea dejar de vivir.

Te contemplo. De mí nunca supisteis mucho en realidad. Yo cantaba en un coro, ni siquiera tú conocías esa afición mía. Sí, contralto naturalmente. Voces graves entretejiéndose con la violencia aguda de los sopranos. Sí, los tonos agudos son violencia. Entretejiéndose: urdimbre y trama. Contigo, que eres amante de la lengua, puedo hablar de esas cosas, ¿verdad? El neerlandés era mi pasión. Eso tal vez sea lo peor, la lengua que se desvanece cuando dejas de existir. *Schering*, urdimbre, ¿sabes lo que significa eso? Es el conjunto de hilos que se colocan en el telar paralelamente unos a otros para formar una tela. Estudié neerlandés durante una temporada, de eso tampoco os enterasteis. *Schering* en neerlandés significa, además de urdimbre, separación, una valla entre dos parcelas. Así sentía yo mi voz, como un sonido grave que interviene cuando hay que contener a los sopranos. Nunca a la inversa. Hay que poner un límite a la exaltación. El límite era yo. Los tonos más graves impiden que el éxtasis emprenda el vuelo, que se pierda en el espacio.

La composición como método para exorcizar la histeria. Orden. Dios, cómo os habrías reído de mí si hubiera dicho algo así entonces. Ahora sí puedo decirlo, es la ventaja de la clarividencia, en su sentido más literal. Ahora lo veo todo con extrema nitidez, mis sentidos se han agudizado: un obsequio de la muerte. No sé si soportas mi tono solemne, no soy capaz de expresarme de otro modo. Nunca os parasteis a mirar mi mundo, teníais suficiente con vosotros mismos, con vuestro propio territorio. O tal vez no.

¿Por qué os reuníais cada noche para jugar? Vuestra trascendencia residía en la risa que reprime el llanto, ¿no es así? Yo lo veía todo; puede que suene arrogante, pero es así. A la mitad de vosotros os conocí en la cama, engreídos y presumidos, funcionarios y locos. Una cosa teníais en común: vuestra afición a tentar a la suerte. Si uno no es capaz de hacerlo en la vida real, lo hace con el *sabot* o en la mesa de juego. Vivíamos con la

absoluta certeza de que la realidad consiste en perder, y ganando de vez en cuando, aunque fuera poca cosa, tratábamos de encubrir esa certeza.

Pero yo también veía quién hacía trampas. El nueve bajo el puño. Un rápido movimiento de la mano. ¿Te interesa saber quién era, ahora que todo ha pasado? Pero si tú ya lo sabías hacía mucho tiempo. El niño prodigio judío, con su extrema agilidad en los dedos. Una moneda de oro, un lápiz de plata, siempre los devolvía su novia, ¿recuerdas? Aquella vez que jugó con nosotros aquel cónsul neerlandés o quienquiera que fuera, un amigo de Wintrop. «No, no me importa haber perdido, sólo que el lápiz de oro de mi padre, no entiendo dónde lo he dejado.» Al día siguiente lo había recuperado. La novia del niño prodigio. De niño, durante la guerra, estuvo escondido en casa de campesinos calvinistas. Pasó de una casa a otra unas cuarenta veces, porque nadie podía quedarse con él, pero el chico sobrevivió. Por esa razón sentía el impulso de robar y de hacer trampas, una venganza tardía que todo el mundo le disculpaba con amor. Cuando él tenía la banca y se hacían fuertes apuestas contra ella, mientras esperaba el chocolate, siempre hacía aquella pregunta tonta: «¿Te atreves o tendré que esperar eternamente?». Sí, la verdad es que me teníais todos muy entretenida, pero ninguno de vosotros se interesó jamás por saber a qué me dedicaba yo durante el día. Lo que yo hacía era recuperarme de vosotros. Médico, enfermera, prostituta, sacerdotisa, psiquiatra. Y de vez en cuando hacía de modelo, para ganar pasta. Y mi pequeño coro. Por lo demás, mi vida erais vosotros, vosotros, vosotros. Lo extraordinario era que todo el mundo se lo guardara para sí. Si alguien me preguntaba algo sobre los demás, desaparecía en mi Hades, se volvía contagioso, ya no lo podía tocar. Eso tú no lo sabes, porque nunca me preguntaste nada. Gilles, que no sabía que me acostaba con Dodo. André, a quien le quedaba ya poco tiempo de vida, y que hubiera lanzado a Ollie a cualquier canal para poder morir cerca de mí. Nigel, el eterno calculador hoy tocado por el alzhéimer. Tico, *amuseur général du peuple*, el único con quien podías reírte en la cama. ¿Cuántos hombres conoces que vistan su erección de novia musulmana? Una venda de gasa y un toque de pintalabios y Fátima bailaba por las colinas y valles de las sábanas. ¿No resulta todo eso increíblemente banal ahora que pertenece al pasado? ¿Debí de haber elegido una vida más digna? NO. ¿Algo más al estilo de las cantatas de Bach que entonaba en la iglesia luterana del Spui? NO. ¿Debí de haberme atrevido a lanzarme al abismo contigo para ver cómo ibas a destruirme? NO. Yo te adelanté. Tú deseabas dejar de vivir una vez al día, ahora yo estoy muerta a lo largo de todo tu día, y tú vives. Eso conmigo no lo hubieras conseguido. ¿O acaso me equivoco? ¿Fuiste un desafío para mí?

¿Dispongo hoy de todo el día? No me gusta decir esas cosas. No hay día. Sólo hoy. Es absurdo. Uno se figura que una vez muerto será más poderoso. Que ya no tendrá que recurrir al pan seco, a los instrumentos rotos, a los conceptos superados. Mis luces se extinguen. Sigo hablando sólo por mantenerme cerca de ti. Debo acabar esto pero no sé cómo. Hoy me he pasado todo el inexistente día mirándote, ¿puede decirse así? Mirando la extrema lentitud de tu vida. Mirando cómo contemplabas el pólder. Leías *El*

purgatorio, pero no logré captar lo que pensabas. Después te mantuviste inmóvil durante una hora. Pusiste mi fotografía derecha. Al ver mi imagen volví a echar de menos mi cuerpo. Todos vosotros lo poseísteis en algún momento, yo nunca me sentí del todo dueña de él. No hace falta que me lo devolváis, el recuerdo es quizás más doloroso para vosotros que para mí. Te miré y tu vida me pareció más insufrible que mi ausencia de vida. Ven para aquí, quise decirte, pero no sé dónde está el «aquí». Dondequiera que esté, no hay nadie. Ni un alma. Ya lo comprobarás tú mismo.

Una cosa me queda por contarte. Me intoxicqué por la inhalación de humo, no morí carbonizada. En aquel breve segundo, por calificarlo de alguna manera, aún fui capaz de verme. Arturo, así se llamaba él. Cuando empezó a sentir que no podía respirar, cogió la antena de televisión. Una de esas antenas dobles de níquel que solían verse antiguamente en los hoteles, una especie de cornamenta eléctrica. Al sentir que se asfixiaba agarró la antena con tal fuerza que arrancó la televisión de la mesa. Lo vi tirado en el suelo con el aparato encima. ¿Sabes que incluso en una situación como esta uno es capaz de percatarse de lo absurdo de la escena? Un hombre grande y fuerte yaciendo a tu lado en el suelo con un aparato de televisión entre los brazos. Esa fue la última imagen que vi. A partir de ese momento empezó otra forma de mirar. Como desde el sueño.

Una sensación de paz profunda. Créeme, puede que te ayude más adelante. Pero, mi cabello.

Nunca había yo pensado en mi cabello en esos términos. Era lo más efímero en mí, me imagino. Vi mi cabello como nunca lo había visto y de repente sentí un gran amor por mí misma, como si nunca hubiera tenido tiempo de ocuparme de la persona que fui. Durante todos aquellos años había estado perdida, me descubrí en aquel último instante. Recuerdo bien aquella intensa sensación de amor. ¿Lo entiendes? De pronto comprendí quién había muerto. Era yo quien yacía en el suelo, la absurda luz de la televisión aún encendida iluminaba mi cabello. Llevaba el pelo corto, como en la fotografía, pero resplandecía, con el brillo de la seda. Sentí deseos de acariciarlo.

Una cosa más quisiera contarte, la última. Es como si se me llevara el viento y tuviera que regresar de un lugar cada vez más lejano. Tú eres la única persona que me ha evocado en serio. Los otros han pensado en mí, de vez en cuando, pero nadie ha sabido encontrarme. Su dolor, si es que lo sintieron, carecía de energía, había demasiada distancia. Una cosa más. Arturo, él se salía de vuestros esquemas. Pero no de los míos. A mí me conmovía. Cuando abandoné aquel casino, a vuestros ojos yo ya era otra persona. Nada en él os gustaba, excepto su fuerza. Me percaté de ello cuando nos marchamos: la consternación de Dodo, la incredulidad de Gilles, del Barón. El Escritor, ávido de historias. Historias, historias, la novela de un camaleón. Pues bien, la historia está aquí, pero él no llegará a escribirla nunca. Para vosotros yo era de pronto otra persona, pero seguí siendo la misma. Tal vez fuiste tú el único que lo entendió.

Una vez te clavé las uñas en la mano mientras veíamos una película de Antonioni. Más adelante te arañé el cuello. Ese fue el verdadero adiós, el último. Has abierto tu

ventana. Una ráfaga de viento. Esa era yo. Un susurro, un murmullo. El sonido de los zorros, una noche en el desierto. Zorros imaginarios. Irreales. Todo es tan fugaz. Fugaz como nosotros mismos. Se acabó.

El punto extremo

«Eso no es cosa de mujeres», dijo mi padre. «Son los hombres los que viajan al punto extremo, nunca las mujeres.» Pero yo me negué a escucharle. En las islas existen muchos puntos extremos, más que en tierra firme. En esta isla, mi punto extremo favorito es Punta Nati, sobre todo cuando hace mal tiempo. Siempre que la tramontana doblega los árboles, sé que tengo que salir. Me pongo ropa de lluvia y abandono la ciudad. No es una ciudad muy grande, enseguida se llega a los edificios de la zona industrial. Unos hombres trajinan con carretillas elevadoras, trasladando cajas y baúles. Cada vez que retroceden, los vehículos emiten un sonido alto, monótono y repetitivo. Es como si sufrieran y no pudieran expresar su dolor. Sigo oyendo ese sonido cuando llego al angosto camino que va hacia el norte. El viento empieza a arreciar, me obliga a inclinar la cabeza como un sirviente. Me agita los cabellos. Si quisiera mirar al viento de cara no podría, tengo los ojos bañados en lágrimas. El camino está flanqueado por muros contruidos con las piedras que aquí yacen por doquier en la tierra. El resto de la isla es verde, sólo este rincón es una llanura árida. No hay árboles. Los escasos matorrales están duros y resecos, el viento doblega hacia el sur sus formas caprichosas. Los corderos que pastan entre las rocas apenas encuentran alimento. Hay que caminar dos horas, lo sé, pero nunca estoy pendiente del tiempo. «Un minuto o una hora ¿qué más da? ¿Por qué quieres saberlo?», solía preguntar mi padre. Él ya murió. Me hubiera gustado explicarle el porqué, pero nunca fui capaz. Sólo lo sé cuando estoy en este lugar, pero después no consigo verbalizarlo. Hay rocas por todas partes. Nubes de tormenta intercaladas con zonas de luz. De repente el paisaje pedregoso se ilumina con un extraño resplandor. Oro muerto. Para librarse de tanta piedra, los campesinos levantaron en su día unas construcciones circulares que carecen de utilidad. Yo fantaseo con la idea de que en ellas vive una gente diferente de nosotros, aunque sé que no es verdad. Nunca se ve ni un alma por ahí y los campos de cultivo fueron abandonados hace ya mucho tiempo, porque no crecía nada en esta tierra. Al final del camino hay un faro con un par de edificios anexos. No hay farero, los edificios están deshabitados. El gran faro giratorio se acciona a distancia y se enciende automáticamente cuando se pone el sol. Antaño naufragaban en esta zona muchas embarcaciones. Yo me sé los nombres de esas embarcaciones. Mientras camino las voy recitando, como una letanía. El acceso al terreno del faro, rodeado de muros, está prohibido, pero sé que puedo entrar. A medida que me acerco, oigo el rumor del mar, furia y júbilo. Yo vengo aquí para bailar, eso no puedo contárselo

a mi padre. El viento baila conmigo, me sostiene, me tira del cuerpo, de un modo brutal e irresistible, y yo me dejo llevar procurando que no me arroje al suelo. Las rocas son muy afiladas aquí, a veces me golpeo contra ellas y me arañan. Antes siempre tenía que ocultar esas heridas. Por aquel entonces había un camino que iba del faro hasta la ensenada, donde el mar, muy al fondo, se agita con furia. El camino es hoy una pista borrosa porque ya no viene nadie por aquí. Las rocas traicioneras apenas te dejan transitar. No hay nada a que agarrarse, pero yo quiero llegar al borde, quiero adentrarme en esa furia extática. Marejada, eso es lo que es, guerra, peligro. Grandes extensiones grises que se elevan y se precipitan contra las rocas. Se alzan con una ondulación gigantesca y luego se ahuecan por dentro como si quisieran emprender el vuelo. El gris contiene toda suerte de matices, desde el gris azulado con el falso brillo del petróleo hasta el negro apagado como un sudario. La furia del mar. La espuma que azota las rocas parece detenerse un instante en vertical contra el cielo gris, hasta que se desmorona de nuevo y se retira para embestir con más ímpetu. Latigazos, gritos de titanes. Esta es la razón por la que acudo a este lugar, por los gritos. En un primer momento me siento cohibida, a pesar de que no hay nadie que pueda verme u oírme. Pero enseguida empiezo a reaccionar y respondo al mar con mis gritos. Unos gritos al principio contenidos, aún no me oigo a mí misma, y luego cada vez más fuertes. Contesto a los gritos con mis gritos, con chillidos más fuertes que los de cien gaviotas, les grito a los naufragos que perecieron en este lugar, les llamo y ellos me llaman a mí. Quisiera desaparecer en las profundidades de este mar, perderme en el vaivén de las olas, y sé que no es posible, que el baile se ha acabado, que regresaré por el largo camino, perseguida por los latigazos del viento, flagelada por haber sido de nuevo demasiado débil. Tocada por la tramontana, dice la gente de por aquí, queriendo decir que has perdido la chaveta. Pero no, no es eso, yo sé exactamente qué me pasa. Fui feliz pero ya no hay nadie a quien pueda contárselo. Debo esperar a que la tormenta y el mar me convoquen de nuevo al punto extremo. Así lo hemos acordado.

¹ Herman Gorter (1864-1927), poeta holandés y cofundador del Partido Socialdemócrata. Frederik van Eeden (1860-1932), escritor y psiquiatra, simpatizante del anarquismo. (*N. de la T.*)

2 Gilipollas, eres un auténtico gilipollas. (*N. de la T.*)

Título original: *'s Nachts komen de vossen*

Edición en formato digital: julio de 2011

© Cees Nooteboom, 2011

© De la traducción, Isabel-Clara Lorda Vidal, 2011

© Ediciones Siruela, S. A., 2011

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-773-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Góndolas	7
Tormenta	15
Heinz	22
Finales de septiembre	44
La última tarde	50
Paula	54
Paula II	66
El punto extremo	74
Notas	76
Créditos	79